
**WISŁAWA
SZYMBORSKA**

**PAISAJE CON
GRANO DE ARENA**



*Traducción de Ana María Moix
y Jerzy Wojciech Sławomirski*

Los que suelen dudar del olfato de los académicos de Estocolmo tuvieron que darles la razón cuando leyeron a una autora cuya poesía está hecha de una mezcla de emoción e ironía, metafísica y cotidianidad. «Cuando escribo siempre tengo la sensación de que alguien está detrás de mí haciendo muecas. Por eso huyo, todo lo que puedo, de las grandes palabras», afirmó esta escritora cuyos versos están llenos de paréntesis que contradicen, retocan y matizan cada uno de los términos que va anotando.

Wisława Szymborska, un verdadero mito en Polonia, nació el 2 de julio de 1923 en Bnin (Kórnik), cerca de Poznan, pero la mayor parte de su vida transcurrió en Cracovia. Allí pasó sus últimos años, recluida en un piso sin lujo alguno y con aires de vivienda de protección oficial pero en el que nunca faltaban ni los bombones ni el brandy. En él recibía a sus amigos, a traductores y a periodistas a los que preguntaba ella para evitar tener que ponerse demasiado seria.

Autora de una decena de libros de poemas, Szymborska repudió los dos que publicó antes de 1957 por demasiado apegados al realismo socialista. A partir de esa fecha —y en títulos como *El gran número*, *Fin y principio*, *Instante* o *Aquí*, el último que publicó, de 2009— su voz cambió poco. Con un fuerte componente narrativo, casi oral, su poesía, hecha de palabras sencillas e impregnada de sentido del humor, nos ofrece la contemplación del universo en los pequeños instantes de la vida cotidiana. «Solo las preguntas un poco ingenuas son verdaderamente profundas».

La presente antología, la primera que se publicó en lengua castellana, es una selección de cien poemas publicados originalmente entre 1957 y 1993, que ofrecen al lector una muestra representativa de la obra de Szymborska. Su título, *Paisaje con grano de arena*, hace referencia a la frase de William Blake: «el universo cabe en un grano de arena». Dejemos que Wisława

Szyborska nos guíe por un paisaje donde los granos de arena esconden mundos en su interior.



Wisława Szymborska

Paisaje con grano de arena

ePub r1.2

Titivillus 14.05.16

Título original: *Paisaje con grano de arena*, antología en español

Selección de poemas de los libros:

Wołanie do Yeti (Llamando al Yeti), 1957

Sól (Sal) 1962

Sto pociech (¡Qué monada!), 1967

Wszelki wypadek (Acaso), 1972

Wielka liczba (El gran número), 1976

Ludzie na moście (Hombres en el puente), 1986

Koniec i początek (Fin y principio), 1993

Wisława Szymborska, 1997

Traducción: Jerzy Sławomirski & Ana María Moix

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



PREFACIO

¿Poesía filosófica, o poesía en lugar de filosofía? Una pregunta que hace dudar de la cordura de quien la plantea. Porque, ¿es posible que en el siglo XX, el del culto a la ciencia, alguien quiera enterrar en la historia del pensamiento humano una disciplina académica consagrada por una tradición milenaria, toda una rama del saber que cuenta con un refinado aparato crítico y que tantas veces ha competido en pie de igualdad con las ciencias exactas, construyendo sistemas, clasificaciones, terminologías y métodos que tenían que explicar al hombre su condición y la naturaleza del mundo que lo rodea? ¡Y a cambio de qué! ¡De unos retazos de literatura escritos en un lenguaje deífico! Imposible.

Y, no obstante, esta es la pregunta clave para entender el fenómeno de la nueva poesía polaca. Supervivientes del cataclismo de la segunda guerra mundial y naufragos en el mar de la dictadura estalinista de la posguerra, los poetas polacos que debutaron después de 1945 no pudieron evitar una reflexión global sobre la civilización europea. Sin embargo, no cedieron a la tentación de interpretar los acontecimientos de aquella época de manera simplista, concibiéndolos solamente como una invasión de la barbarie, un simple paréntesis en la evolución de la cultura del viejo continente. Al contrario, vieron con claridad que la barbarie y el genocidio eran frutos amargos que ya desde hacía siglos estaban cuajando en el propio seno de esta cultura. Tal vez no se necesitara una gran lucidez para hacer un descubrimiento así. En la Europa Central de aquellos años, la cadena que unía al verdugo vestido de uniforme con una ideología, y la ideología con un sistema filosófico, era dolorosamente palpable, y la historia les deparó a los intelectuales la triste suerte de ser testigos oculares y víctimas de esta

estrecha relación entre causas y efectos. El creador sin trabas que está más allá del bien y del mal, el *Übermensch* de Nietzsche, convertido en un asesino de las SS; la necesidad histórica de Hegel como justificante de los campos de exterminio y los *gulags*; el estado hegeliano, la forma sublime de la historia, traducido en todopoderoso sistema totalitario, eran imágenes cotidianas que destrozaron la fe en la filosofía. «... *La filosofía acabó con poca gloria sus expediciones en busca del vellocino de oro de los sistemas edificados de una vez para siempre, y si no se mueve por el automatismo de su orgullo, ya sabe que se jactaba en vano*», dice Czesław Miłosz, premio Nobel de Literatura del año 1980^[1] y en otro lugar es aún más explícito: «*Las ideas universales ya hace mucho tiempo que habían perdido su sabor para nosotros, los de Vilnius, Varsovia o Budapest, lo cual no quiere decir que lo hicieran en todas partes. Los jóvenes caníbales que, en nombre de principios inquebrantables, asesinaban a la población de Camboya eran discípulos de la Sorbona y, simplemente, se esforzaban por poner en práctica lo que habían leído en los filósofos. Puesto que nosotros habíamos visto con nuestros propios ojos hasta dónde llegan las cosas si en nombre de una doctrina se violan las costumbres, es decir todo lo que crece durante siglos de manera paulatina y orgánica, podíamos sólo pensar con horror en la red de absurdos en que cae una mente humana insensible a la repetición de sus errores*»^[2].

¿Quién de los grandes pensadores del pasado puede declararse inocente? ¿Quién es libre del imperdonable pecado de liviandad, si tantos no supieron prever las últimas consecuencias de sus elucubraciones? Quizás los presocráticos, pero ellos todavía eran *poie-taí*, todavía desconocían el lenguaje frío de sus sucesores.

El rechazo de las doctrinas filosóficas hechas escombros bajo la presión de la experiencia directa es el denominador común de los poetas polacos de la posguerra, a excepción de los pocos que optaron por abrazar el marxismo y convertirse en los Pemanes del régimen estalinista, elección que resultó fácil para los mediocres y destructiva para los eminentes, como lo prueba el caso de Tadeusz Borowski que, desgarrado por las contradicciones internas, se suicidó en 1951.

Sin embargo, el pensamiento no soporta el vacío, y menos aún en las épocas en que la reflexión ontológica y ética sobre la condición humana se presenta como una necesidad imperiosa. Llenar el vacío que habían dejado los sistemas filosóficos era un reto, y el reto fue aceptado.

*

Casi de inmediato se planteó otra pregunta: ¿qué poesía era capaz de situarse a la altura de la tarea? Una poesía en que las palabras se refirieran a la realidad, y no la lírica pura, porque en ella las palabras no tienen más referencias que otras palabras. Los breves poemas-tratados filosóficos requerían, por una parte, una reducción del universo y, por otra, una modificación de los recursos formales. Para ilustrar cómo se solucionó el primer requerimiento basta con citar a Szymborska: «... *no hay preguntas más apremiantes / que las preguntas ingenuas*». ¿Acaso no son las que más quebraderos de cabeza suelen dar a los filósofos académicos, constriñéndolos a hacer verdaderas acrobacias mentales? Además, el individualismo de la nueva poesía polaca impuso otro límite: no hay más universo que el que podemos contemplar en nuestra experiencia cotidiana, o bien; el universo se manifiesta y se ofrece a la contemplación hasta en los fenómenos más corrientes de una vida ordinaria.

La forma poética debía ajustarse a las exigencias del contenido. Se suprimió el exceso de metáforas, se sacrificó en parte la musicalidad del verso que, si renace con una fuerza sorprendente en algunos poemas como «Trinos» o «Cumpleaños» de Szymborska, adquiere siempre un tono jocoso, como si el autor nos hiciera un guiño. Pero el rasgo tal vez más notable es el restablecimiento de la sintaxis, que se había desmoronado con los experimentos vanguardistas de la época de entreguerras. El vocabulario rompe las barreras entre diferentes registros y no aborrece conceptos utilizados en las ciencias modernas: las matemáticas, la física cuántica, la biología o la geometría no euclidiana.

La creación de la nueva poesía polaca no necesariamente fue un proceso tan racional e intencionado como podría deducirse de la breve reconstrucción que acabamos de esbozar. Lo que une a Zbigniew Herbert,

Tadeusz Różewicz, Wisława Szymborska, Miron Białoszewski, Stanisław Grochowiak y Czesław Miłosz no es ningún manifiesto literario, sino la misma experiencia generacional y el mismo lugar, el lugar donde la historia contemporánea mostró su faz más repugnante.

Jerzy Sławomirski

LLAMANDO AL YETI
(1957)

LOS DOS MONOS DE BRUEGHEL

Así es mi gran sueño del examen de reválida:
dos monos atados con cadenas, sentados en la ventana,
el cielo revolotea tras los cristales
y el mar se baña.

Me examino de historia de la gente.
Tartamudeo y me atasco.

Un mono clava en mí su mirada y aguza irónico el oído,
el otro finge dormir,
y, en el silencio que sigue a la pregunta,
me sopla la respuesta
con un débil tintineo de cadenas.

NOTAS DE UNA EXPEDICIÓN NO REALIZADA AL HIMALAYA

Así, pues, esto es el Himalaya.
Montañas corriendo hacia la luna.
El instante del despegue detenido
en un cielo rasgado.
Un desierto de nubes lleno de agujeros.
Un golpe en la nada.
El eco: un mudo blanco.
Silencio.

Yeti, abajo es miércoles,
hay abecedario y pan,
dos y dos son cuatro,
y la nieve se funde.
Hay una manzana roja
partida en cuatro.

Yeti, entre nosotros
no sólo existe el crimen.
Yeti, no todas las palabras
condenan a muerte.

Heredamos la esperanza,
regalo del olvido.
Verás cómo entre ruinas
parimos niños.

Yeti, tenemos a Shakespeare.
Yeti, tocamos el violín.
Yeti, al anochecer
prendemos la luz.

Aquí, ni luna ni tierra,
y se congelan las lágrimas.
¡Oh, Yeti, casi hombre de la luna,
piénsalo y vuelve!

Así dije, a gritos, al Yeti
entre las cuatro paredes de avalanchas,
y para entrar en calor pateaba
en la nieve,
en la eterna.

NADA DOS VECES

Nada sucede dos veces
y es lo que determina
que nazcamos sin destreza
y muramos sin rutina.

No por ser el más obtuso
en la escuela de lo humano
puedes repetir el curso
de invierno o de verano.

Ningún día se repite,
ni dos noches son iguales
ni dos besos parecidos,
ni dos citas similares.

Hace poco por tu nombre
alguien te llamó de cerca,
pensé que caía una rosa
desde tu ventana abierta.

Hoy tu mirada rehuyo,
clavo la mía en la hiedra.
¿Rosa? ¿Qué es una rosa?
¿Es una flor? ¿Una piedra?

¿Por qué el instante presente
vértigo y pena procura?

Hoy siempre será mañana:
es y será su hermosura.

Entre sonrisas y abrazos
verás que la paz se fragua,
aunque seamos distintos
cual son dos gotas de agua.

SAL
(1962)

MUSEO

Hay platos, pero no apetito.
Hay anillos, pero no amor correspondido,
desde hace al menos tres siglos.

Hay un abanico, pero ¿qué fue del arrebol?
Hay espadas, pero ¿qué fue de la ira?
Y el laúd no suena entre dos luces.

Donde no hay eternidad se acumulan
diez mil antigüedades muy antiguas.
Un polvoriento portero dulcemente dormita
con el bigote pegado al cristal de su garita.

Metales, arcilla y una pluma de ave
vencen al tiempo con su quietud suave.
El broche de una egipcia alocada
ríe por nada.

La corona duró más que la cabeza.
La mano perdió contra el guante.
El zapato derecho venció sobre el pie.

¿Qué decir de mí? De morirme, ni hablar.
Contra mi traje lucho en incruenta contienda.
¡Qué aguante tiene la prenda!
¡Qué tenaz afán de más que yo durar!

UN MOMENTO EN TROYA

Las muchachitas
escuálidas y sin esperanza
de que las pecas desaparezcan de sus rostros

no llaman a nadie la atención,
caminan por los párpados del mundo,

parecidas a papá o a mamá,
y, por eso, francamente aterradas;

a medio cenar,
a medio leer un libro,
al contemplarse frente al espejo,
suelen ser raptadas y conducidas a Troya.

En un abrir y cerrar de ojos, en primorosos tocadores,
se convierten en bellas Helenas.

Ascienden por la escalera real
entre susurros de admiración y sedas.

Se sienten ligeras. Saben
que la belleza es descanso,

que los labios moldean el significado de sus palabras
y los gestos se esculpen solos
en un meimportaunbledo inspirado.

Sus caritas, que valen
una negativa a los embajadores,
orgullosas se alzan en cuellos
dignos de un asedio.

Los galanes de las películas,
los hermanos de las compañeras
y el profesor de dibujo, ¡ay!,
todos sucumbirán.

Las muchachitas
contemplan el desastre
desde la torre de sus sonrisas.

Las muchachitas
se estrujan las manos
en un rito embriagador de hipocresía.

Las muchachitas
con la desolación como telón de fondo,
la ciudad en llamas por diadema
y zarzillos hechos de lamentos.

Pálidas y sin una sola lágrima.
Saciadas de imágenes. Triunfales.
Y tan sólo tristes por tener que volver.

Las muchachitas
que vuelven.

CLOCHARD

En París, desde la mañana matinal hasta el ocaso,
en París como
en París que
(¡Santa inocencia de la descripción, ayúdame!)
en un jardín junto a una catedral de piedra
(¡no, no la construyeron!,
la tocaron al laúd),
se ha dormido en pose sepulcral
un monje lego y abnegado, un *clochard*.

Si algo poseía, lo perdió,
y no desea recuperar lo que, perdido, perdido está.
Aún le deben la soldada de la guerra de las Galias,
pero no le importa, se dio por satisfecho.
En el siglo quince no le pagaron
por posar de ladrón malo,
olvidó el incidente y olvidó cobrar.

Se gana el tinto de cada día
cepillando perros de adinerados dueños.
Duerme con cara de inventor de sueños
con las barbas calentándose al sol.

Se despiedran las grises gárgolas
(hipogrifos, egipanes, anfisbenas y lamias,
tragos, geniecillos, piernas cabezudas,

multiforme *allegro vivace* gótico)

y le miran con una curiosidad
que nosotros no somos capaces de inspirar,
ni tú, prudente Pedro,
ni tú, concienzudo Miguel,
ni la expeditiva Eva,
ni Bárbara, ni Clara.

VOCABULARIO

—*La Pologne? La Pologne?* ¿Un frío espantoso, verdad? —me pregunta, y respira con alivio. Son tantos los países que surgen cada dos por tres, que el tema de conversación menos resbaladizo es el clima.

—*Madame* —me encantaría responderle—, los poetas de mi país escriben con los guantes puestos. Aunque, a decir verdad, a veces se los quitan: sí, cuando cae una luna de justicia. Con estrofas de alaridos punzantes, único medio de apagar el estruendo del vendaval, cantan la vida sencilla de los pastores de focas. Nuestros clásicos hacen cisuras con carámbanos de tinta en la nieve apelmazada. El resto, los decadentes, lloran la suerte de los copos de nieve. Quien quiere morir ahogado debe hacerse con un pico para agrietar el hielo. ¡Ay, *madame*, querida *madame*!

Eso es lo que me encantaría decir. Pero no recuerdo cómo se dice «foca» en francés. Ni estoy segura de qué palabras corresponden a «carámbano» y a «agrietar».

—*La Pologne? La Pologne?* ¿Un frío espantoso, verdad?

—*Pas du tout* —respondo glacial.

ELEGÍA TURÍSTICA

Todo es mío y nada me pertenece,
nada pertenece a la memoria,
todo es mío mientras lo contemplo.

Las diosas, apenas recordadas,
corren el riesgo de perder sus cabezas.

De la ciudad de Samokov sólo queda la lluvia,
la lluvia y nada más.

Desde el Louvre hasta la uña.
París se entela.

Del bulevar Saint-Martin queda una escalinata
que conduce a la difuminación,

y, de los puentes de Leningrado,
sólo, y con suerte, uno y medio.

¡Pobre Upsala,
con ese trocito de su imponente catedral!

Desdichado bailarín de Sofía,
cuerpo sin rostro.

Primero, su rostro sin ojos,
después, sus ojos sin pupilas,

y las pupilas de un gato, luego.

El águila caucasiana sobrevuela
un desfiladero reconstruido,
y el oro sin ley del sol
y las piedras falsificadas.

Todo es mío y nada me pertenece,
nada pertenece a la memoria,
todo es mío mientras lo contemplo.

Inagotables, inabarcables,
peculiares por una hebra,
un grano de arena, una gota de agua:
paisajes.

Imposible ni de una brizna retener
una imagen completa.

Un saludo y un adiós
en una sola mirada.

Y un solo movimiento del cuello
para lo que sobra y lo que falta.

ENCUENTRO INESPERADO

Somos sumamente corteses el uno con el otro
decimos: qué agradable encontrarnos después de tantos años.

Nuestros tigres beben leche,
nuestros balcones van a pie.
Nuestros tiburones se ahogan en el agua.
Nuestros lobos bostezan frente a jaulas abiertas.

Nuestras víboras se quedaron sin relámpagos,
los monos sin inspiración, y los pavos reales sin plumas.
Los murciélagos renunciaron a nuestros cabellos tiempo ha.

Sucumbimos al silencio sin acabar la frase,
sonreímos, sin recursos.
Nuestros humanos
no saben qué decirse.

LAS MUJERES DE RUBENS

Titánicas, fauna femenina,
tonante desnudez de toneles.
Anidan en lechos revueltos,
duermen con la boca abierta para soltar gallos.
Las pupilas se les hunden hasta las entrañas
y penetran en las glándulas
segregadoras de levadura en sangre.

Hijas del barroco. La masa se hincha en la artesa,
humean los baños, enrojecen los vinos,
nubes de cochinitos galopan por el cielo,
las trompetas relinchan alerta carnal.

¡Acalabazadas! ¡Excesivas!
¡Duplicadas por desdeñar vestimentas,
triplicadas por la vehemente pose,
platos grasientos del amor!

Más temprano se levantaron sus flacas hermanas,
antes de amanecer en el cuadro.
Nadie las vio avanzar en fila india
por el revés del lienzo.

Proscritas del estilo. Costillas en relieve,
pies y manos de pájaro.
Intentan volar con sus omóplatos afilados.

El siglo trece les habría concedido un fondo dorado.
El veinte, pantalla panorámica y technicolor.
El diecisiete, ¡ay!, nada ofrece a los palos de escoba.

Porque incluso el cielo es convexo,
convexos son los ángeles y también convexo es dios:
Febo bigotudo que irrumpe en la ardiente alcoba
montado en un sudoroso corcel.

TRINOS

Bajo la peluca de una encina
suelta las eternas notas y trina,
notas italianas desliza por lianas
finas cual si hiladas por una araña.

Con un mi de pecho mima mimosa
a mil oídos de color de rosa,
espejillos brillan en su garganta,
triples mínimas de sílabas canta,
migas de laminas y golosinas
la muy pícara en sus jícaras chinas
cría con neblinas de fililí.

Pero ¿qué oigo? ¡Ay de mí!
El fagot triste ya está aquí.
La música ceñuda y grave
la agarra y encierra con llave.
Basso Profondo, ¡ten piedad!,
do-re-mi, ¡mane, thecel, phares!

¿Quieres que calle? ¿Quieres llevártela
a los fríos bastidores del mundo?
¿A la región de la crónica ronquera? ¿Al Tártaro del catarro?
¿Donde el perpetuo carraspear perpetran?
¿Donde zangoletan las bocazas de pez
de los corazones zafios?

¡Oh, no! ¡No! ¡No más penar!
Pon buena cara al mal azar.
Un instante el sino aciago y feroz
danza en la liana vibrante de voz,
y un instante le basta para cobrar aliento
y ascender con el eco hasta el firmamento
donde la voz humana se hace cristal
y suena a lluvia de luz sideral.

CONCURSO DE CULTURISTAS

De mandíbula a talón, todo tenso.
Torsos de aceituno, un mar inmenso.
Y entre todos un solo vencedor
el que sepa retorcerse mejor.

Competir puede con un oso en lucha libre
(aunque nada de peluche por aquí vemos).
Tres jaguares muy fieros, mas invisibles,
caen y mueren de tres golpes, al menos.

De poses y dones hace exhibición.
Con treinta muecas enrosca el abdomen.
El público aplaude, saluda el bravucón
que corre a devorar pócimas de polen.

VELADA POÉTICA

Ser, ¡oh, Musa!, boxeador o no ser nada.
Por nosotros nunca ruge el público enardecido.
Hay doce personas en la sala.
Nos instan a iniciar la velada.
La mitad está aquí porque fuera llueve,
el resto, ¡oh, Musa!, parientes.

Las mujeres al desmayo dispuestas
irán a ver cómo dos pesos gallo se arrancan las crestas.
Sólo el boxeo ofrece escenas dantescas.
Y la ascensión, ¡oh, Musa!, a los cielos.

No ser púgil, ser poeta,
vivir condenado a esproncedas forzados,
a falta de músculos exhibir al mundo
—¡en el mejor de los casos!— futuras lecturas escolares,
¡oh, Musa!, ¡oh, Pegaso,
ángel acaballado!

En primera fila un viejecito en trance
sueña que su mujer, que en paz descansa,
resucita y le hace un pastel de chocolate.
Con fuego, pero lento, ¡que no se queme el pastel!,
comenzamos nosotros, ¡oh, Musa!, a leer.

EN LA TORRE DE BABEL

*¿Qué hora es? —Sí, soy feliz,
sólo me falta un cascabel en el cuello
que te tintinee al oído cuando duermas.
¿De veras no oíste la tormenta? El viento azotó los muros;
como un león bostezó la torre con su enorme puerta
y sus goznes chirriantes. —¿No lo recuerdas?
Llevaba un simple vestido gris
abrochado en el hombro. —Acto seguido,
el cielo estalló en infinitas chispas. —¿Cómo iba a entrar?
¡No estabas solo! —De repente, vi colores
anteriores a la creación de la vista. —Lástima
que no puedas prometerlo. —Tienes razón,
quizá fue un sueño. —¿Por qué mientes,
por qué me llamas por el nombre de la otra?,
¿la amas todavía? —¡Oh, sí, quisiera
que te quedaras conmigo! —No soy rencorosa,
debiera haberlo adivinado.
¿Sigues pensando en él? —No, no lloro.
¿Eso es todo? —Como a ti, a nadie.
Al menos eres sincera. —Tranquilo,
dejo la ciudad. —Tranquila,
me voy de aquí. —Tienes unas manos preciosas.
Es una vieja historia, el acero me atravesó
sin tocar el hueso. —De nada,
querido, de nada. —No sé
ni quiero saber qué hora es.*

EL AGUA

En la mano me cayó una gota de lluvia,
una gota de agua de las venas del Ganges y del Nilo,

de la escarcha que ascendió a los cielos desde los bigotes de una foca,
de los cántaros rotos en las urbes de Iso y de Tiro.

En mi índice
el Caspio es mar abierto,

y el Pacífico dócil en el Rudawa muere,
ese riachuelo que hecho nube París sobrevolaba

a las tres de la madrugada del siete de mayo
del año setecientos sesenta y cuatro.

No existen bocas suficientes
para pronunciar tus fugaces nombres, agua.

Debería nombrarte en todas las lenguas
y articularte vocal a vocal,

y a la vez guardar silencio —por respeto al lago
que aún no tiene nombre.

Ni existe sobre la tierra, como tampoco
en el cielo existe la estrella que refleja.

Alguien se ahogaba, alguien moría pidiéndote a gritos.
Fue hace mucho mucho tiempo. Ayer.

Casas salvaste del fuego, y casas contigo arrastraste,
casas como árboles, y bosques como ciudades.

Estuviste en pilas bautismales y en bañeras de cortesanas.
En besos y en ataúdes.

En el desgaste de las piedras y en el sostén del arcoiris,
en el sudor y en el rocío de pirámides y lilas.

Qué ligereza encierra una gota de lluvia.
Qué delicado el roce del mundo.

Cualquier cosa acontecida en cualquier lugar y tiempo
escrita está en el agua de Babel.

CONVERSACIÓN CON UNA PIEDRA

Llamo a la puerta de una piedra.

—Soy yo, déjame entrar.

Quiero penetrar en tu interior,
echar un vistazo,
respirarte.

—Vete —dice la piedra—.

Estoy herméticamente cerrada.

Incluso hecha añicos,
sería añicos cerrados.

Incluso hecha polvo,
sería polvo cerrado.

Llamo a la puerta de una piedra.

—Soy yo, déjame entrar.

Vengo por mera curiosidad.

Sólo la vida permite satisfacerla.

Quisiera pasearme por tu palacio,
y luego visitar una hoja y una gota de agua.

No me queda mucho tiempo.

Mi mortalidad debería ablandarte.

—Soy de piedra —dice la piedra—.

Imposible perturbar mi seriedad.

Vete,

no tengo músculos risorios.

Llamo a la puerta de una piedra.

—Soy yo, déjame entrar.

Me han dicho que encierras salas enormes y vacías,
nunca vistas y bellas en vano,
mudas, donde nunca han retumbado los pasos de nadie.
Confiésalo: ni tú misma lo sabías.

—Salas enormes y vacías —dice la piedra—.

Pero no hay espacio disponible.

Bellas, quizá, pero no para el gusto
de tus limitados sentidos.

Puedes verme, pero nunca catarme.

Mi superficie te da la cara,
pero mi interior te vuelve la espalda.

Llamo a la puerta de una piedra.

—Soy yo, déjame entrar.

En ti no busco refugio para la eternidad.

No soy desdichado.

Ni carezco de techo.

Mi mundo merece el regreso.

Quiero entrar y salir con las manos vacías.

La prueba de haber estado en ti
se limitará a mis palabras
en las que nadie creerá.

—No entrarás —dice la piedra—.

Te falta el sentido de la participación.

Y no existe otro sentido que pueda sustituirlo.

Incluso la vista omnividente

te resultará inútil si eres incapaz de participar.

No entrarás; ese sentido, en ti, es sólo deseo,
mero intento, vaga fantasía.

Llamo a la puerta de una piedra.

—Soy yo, déjame entrar.

No puedo esperar mil siglos
para estar entre tus paredes.

—Si no crees en mis palabras —dice la piedra—,
acude a la hoja, que te dirá lo mismo que yo,
o a la gota de agua, que te dirá lo mismo que la hoja.
Pregunta también a un cabello de tu cabeza.
Estoy a punto de reír a carcajadas,
de reír como mi naturaleza me impide reír.

Llamo a la puerta de una piedra.

—Soy yo, déjame entrar.

—No tengo puerta —dice la piedra.

¡QUÉ MONADA!
(1967)

LA ALEGRÍA DE ESCRIBIR

¿Hacia dónde corre por el bosque escrito el corzo escrito?
¿A saciar su sed a orillas del agua escrita
que le calcará el hocico cual hoja de papel carbón?
¿Por qué alza la cabeza?, ¿ha oído algo?
Sobre sus cuatro patas, prestadas por la realidad,
levanta la oreja bajo mis dedos.
Silencio —palabra que cruje en el papel
y separa las ramas que brotan de la palabra «bosque».

A punto de saltar sobre la página en blanco acechan
letras que acaso no congenien,
frases tan insistentes
que consumarán la invasión.

Una gota de tinta contiene una sólida reserva
de cazadores, apuntando con un ojo ya cerrado,
preparados para el descenso por la pluma empinada,
para cercar al corzo y llevarse el fusil a la cara.

Olvidan que esto, lo de aquí, no es la vida.
Aquí, negro sobre blanco, rigen otras leyes.
Un abrir y cerrar de ojos durará cuanto yo quiera,
se dejará fraccionar en eternidades minúsculas
llenas de balas detenidas en pleno vuelo.

Nada sucederá si yo no lo ordeno.

Contra mi voluntad no caerá la hoja,
ni una brizna se inclinará bajo la pezuña del punto final.

¿Existe, pues, un mundo
cuyo destino regento con absoluta soberanía?
¿Un tiempo que retengo con cadenas de signos?
¿Un vivir que no cesa si éste es mi deseo?

Alegría de escribir.
Poder de eternizar.
Venganza de una mano mortal.

PAISAJE

En el paisaje del antiguo maestro
los árboles tienen raíces bajo el óleo,
el sendero conduce de verdad a su final,
una brizna de hierba sustituye majestuosa a la firma,
son las cinco de la tarde fidedignas,
detenido, suave mas firme, el mes de mayo,
y yo le imito y hago un alto: sí, querido,
aquella mujer de debajo del fresno soy yo.

Mira cómo me he alejado de ti,
qué cofia blanca llevo y qué falda amarilla,
cómo agarro el canasto para no caer fuera del cuadro,
cómo paseo por el destino de otro
y descanso de los secretos vivos.

Aunque me llames, no te oiré,
si te oigo, no me giraré,
y si hiciera ese imposible gesto,
no reconocerías mi cara.

Conozco el mundo a seis leguas a la redonda.
Conozco las hierbas, sé conjurar males.
Dios aún posa su mirada en mi coronilla.
Sigo rezando por una muerte no repentina.
La guerra es un castigo y la paz un premio.
Los sueños vergonzosos son obra de Satanás.

Mi alma es tan cierta como el hueso de una ciruela.

No conozco los juegos del corazón.

No conozco la desnudez del padre de mis hijos.

Lejos de mí sospechar que el Cantar de los Cantares
sea un confuso borrador con tachaduras.

Cuanto quiero decir está en las frases hechas.

No abuso de la desesperación porque no es mía,
sólo la guardo en depósito y por un tiempo entre mis manos.

Aunque me atajes el camino,
aunque me mires a los ojos,
pasaré ante ti bordeando el abismo por una senda no menos angosta que
un cabello.

A la derecha está mi casa que conozco palmo a palmo,
con la escalera y la puerta de entrada,
donde acontecen historias aún no pintadas:
un gato se sube de un salto a un banco,
un rayo de sol hierde una jarra de estaño,
hay un hombre huesudo sentado a la mesa:
repara un reloj.

EL ÁLBUM

Nadie en mi familia murió de amor.
Romances sí hubo, no cosa seria.
¿Tísicos Romeos? ¿Julietas con difteria?
No. Alcanzaron la vejez en flor.
¡Ni uno murió de cartas sin respuesta,
con letra por las lágrimas borrosa!
Llegaban vecinos, traje de fiesta,
con anteojos, levita y una rosa.
Nadie se asfixió dentro de un armario
por huir de maridos de sus amantes.
Faralaes, mantillas ni volantes
echaron a nadie de la foto por falsario.
¡Cuan lejos sus almas del infierno del Bosco!
Sus pistolas no defendían amores furtivos.
(Morían a balazos, mas por otros motivos,
en el frente, en un catre bien tosco.)
Ni la bella, la del moño vistoso,
con ojeras como de bacanal,
partió a vela en pos de un joven fogoso
por el mar de su hemorragia cerebral.
Antes del daguerrotipo quizás hubo amor de veras,
pero no en las fotos de mi familia.
Los días tenían *tempo* de vigilia
y ellos morían de gripe o de paperas.

ESTACIÓN

Mi no llegada a la ciudad de N.
se efectúa puntualmente.

Te lo he comunicado
por carta no enviada.

Has tenido tiempo
para no llegar a la hora prevista.

El tren entra por la vía tres.
Se apea mucha gente.

La ausencia de mi persona
sigue a la multitud hacia la salida.

Deprisa
entre tanta prisa
varias mujeres ocupan mi vacío.

Un desconocido mío
da la bienvenida a una de ellas,
ella le reconoce
de inmediato.

Intercambian besos
no nuestros,
y se extravía

una maleta no mía.

La estación de la ciudad de N.
ha aprobado el examen
de existencia objetiva.

El todo ha permanecido firme en su sitio.
Los detalles se han desplazado
por trayectorias calculadas.

Incluso ha tenido lugar
una cita concertada.

Fuera del alcance
de nuestra presencia.

En el paraíso perdido
de la probabilidad.
En otra parte.
En otra parte.
¡Sonora expresión!

NACIDO

Así, pues, esa es su madre.
Esa mujercilla.
Culpable de ojos grises.

La barca que hace años
lo depositó en la orilla.

De su interior emergió
al mundo,
a la no eternidad.

La genitora del hombre
con quien salto por encima del fuego.

Así, pues, es ella, la única
que no lo eligió
completo y entero.

Ella sola lo metió
en la piel que conozco.
Ella sola lo ató
a los huesos ocultos a mi vista.

Ella sola le encontró
unos ojos grises
que me contemplaron.

Así, pues, ella es su alfa.
¿Por qué me la da a conocer?

Nacido.
Así, pues, también él es un nacido.
Nacido como todo el mundo.
Como yo, que moriré.

Hijo de una mujer verdadera.
Llegado de la profundidad del cuerpo.
Peregrino a omega.

Amenazado
por la propia ausencia,
en todas partes,
a cada instante.

Y su cabeza
es la cabeza contra la pared
que por el momento cede.

Y sus movimientos
excusas
ante la sentencia universal.

Comprendí
que él ya había cubierto la mitad del camino.

Pero no me lo dijo,
no.

«Es mi madre»,
dijo. Y nada más.

SOLILOQUIO PARA CASANDRA

Soy yo, Casandra.
Y esta es mi ciudad convertida en cenizas.
Y este es mi báculo y mis cintas de vidente.
Y esta es mi cabeza llena de dudas.

Cierto: he vencido.
Mi acierto reverbera en el cielo.
Sólo a los augures a quienes nadie cree
les es dado contemplar semejantes perspectivas.
Sólo las predicciones de quienes empezaron con mal pie
se cumplen demasiado pronto
como si nunca hubieran existido.

Ahora recuerdo con absoluta claridad
cómo la gente, al verme, se mordía la lengua.
Las risas se apagaban.
Las manos se desenlazaban.
Los niños corrían a buscar a sus madres.
Yo ni siquiera conocía sus fugaces nombres.
Y, en mi presencia, nadie llegaba nunca al final
de aquella canción de las hojas verdes.

Les amaba.
Pero les amaba desde las alturas.
Desde más allá de la vida.

Desde el porvenir. Desde donde reina el vacío,
donde contemplar la muerte es lo más fácil.
Les hablé con dureza, y lo lamento.
Contemplaos desde las estrellas, les gritaba.
Contemplaos desde las estrellas.
Y escuchaban y bajaban la vista al suelo.

Vivían en el interior de la vida.
Imbuidos de un vendaval.
Predestinados.
Presos ya al nacer en cuerpos para el adiós.
Pero en ellos había una esperanza húmeda,
una llama alimentada por su propio chisporroteo.
Sabían qué es un instante,
¡ay!, uno al menos, único, cualquiera
antes que.

Tuve yo razón.
Pero la razón no da fruto.
Y estas son mis vestimentas chamuscadas por el fuego.
Y estos son mis trebejos de vidente.
Y este es mi rostro desfigurado.
Un rostro que pudo ser hermoso y no lo supo.

MOSAICO BIZANTINO

—¡Oh, Teotropía, mi real esposa!

—¡Oh, Teodendrón, mi real esposo!

—¡Qué hermosa eres, tú, la de finas mejillas!

—¡Qué delicado eres, tú, el de lívidos labios!

—Cuan prodigiosa liviandad la tuya
bajo tu acampanada estola,
quitártela sería provocar
algaradas en el imperio entero.

—Cuánta exquisitez rebosa tu aflicción,
mi dueño y señor,
sombra ceñida a mi sombra.

—El deleite he hallado
en las manos de mi soberana,
cual en hojas secas de palma
prendidas en mi manto.

—No obstante, alzarlas desearía al cielo,
Teodendrón, y rogar por nuestro único hijito,
que no es a imagen de nos.

—¡Por todos los santos, Teotropía!

¿Cómo no va a serlo
si engendrado con dignidad ha sido
por nuestras majestades?

—Presta imperial oído a la mi confesión:
Un pecador diminuto he parido.
Impúdico como un cochinito,
gordezuelo y retozón,
todo pliegues y rollitos:
talmente así nos ha salido.

—¿Es, acaso, mofletudo?

—Es mofletudo.

—¿Es, acaso, glotón?

—Es glotón.

—¿Es, acaso, cual una manzana?

—Tú lo has dicho, señor.

—Y ¿qué opina el archimandrita,
en gnosis docto varón?
¿Qué opinan esos sagrados esqueletos
que son nuestros eremitas?
¿Cómo lograrán al diablillo
desarrebujar de la seda?

—Del poder divino depende
el milagro de la metamorfosis.
Mas, al contemplar la fealdad
de nuestro infante,
¿podrás evitar el grito
para no ahuyentar el sueño del maligno?

—Hermanados estamos en la pavora.
Condúceme ante él, Teotropía.

DECAPITACIÓN

Degollado procede de *decollo*,
decollo significa yo corto el cuello.
María Estuardo, reina de Escocia,
subió al patíbulo con la camisa adecuada,
una camisa *décolleté*
de color rojo hemorragia.

En aquel mismo instante,
en una apartada alcoba,
Isabel Tudor, reina de Inglaterra,
estaba en pie vestida de blanco junto a la ventana.
Una gorguera almidonada coronaba
su vestido triunfalmente cerrado hasta el mentón.

Ambas pensaban al unísono:
«Dios, ten piedad de mí.»
«Obro con justicia.»
«Vivir o ser un obstáculo.»
«En determinadas circunstancias la lechuza es hija del panadero.»
«¿Cuándo acabará esto?»
«Se acabó.»
«¿Qué hago aquí si no hay nada?»

La diferencia en el atuendo —sí, lo sabemos con certeza—.
El detalle
es inalterable.

PIETÀ

En el pueblo natal del héroe,
contemplar el monumento, elogiar sus dimensiones,
espantar a dos gallinas en la entrada del museo vacío,
preguntar dónde vive la madre,
llamar, empujar la puerta chirriante.
Cabeza erguida, pelo liso, mirada serena.
Decirle que llegas de Polonia.
Transmitir saludos. Preguntar en voz alta con clara pronunciación.
Sí, le quiso mucho. Sí, de niño ya era así.
Sí, estuvo allí esperando, pegada al muro de la cárcel.
Sí, oyó los disparos.
Lamentar no haber cargado con el magnetófono
y la cámara de fotografiar. Sí, sabe para qué sirven.
Leyó su última carta en la radio.
Cantó sus canciones de cuna preferidas en la TV.
Incluso salió en una película, llorando
por culpa de los focos. Sí, la conmueve que le recuerden.
Sí, está un poco cansada. Sí, se repondrá.
Levantarse. Dar las gracias. Despedirse. Salir,
cruzándose con nuevos visitantes en el zaguán.

EL REGRESO DE LAS AVES

Esta primavera las aves han vuelto demasiado pronto.
Alégrate, razón, el instinto también yerra.
Se emboba, se despista. Y caen en la nieve,
tienen una muerte gratuita, una muerte poco digna
de la construcción de sus laringes y sus archigarras,
sus sólidos cartílagos, sus espléndidas membranas,
sus cuencas coronarias, sus laberintos intestinales,
sus góticas naves de costillas y soberbias columnatas vertebrales,
sus plumas merecedoras de un pabellón en el museo de artesanía
universal,
y sus picos de paciencia monacal.

No me lamento, pero me indigna
que un ángel hecho de auténtica albúmina
—una cometa de glándulas procedentes del Cantar de los Cantares,
único en el aire, incontable en la mano,
engarzado tejido a tejido para formar la unidad
del espacio y del tiempo como un drama clásico
aplaudido con aletazos—
caiga y yazca junto a una piedra
que, a su modo arcaico y palurdo,
concibe la vida como una sucesión de intentos fallidos.

THOMAS MANN

Estimadas sirenas, así debió suceder,
queridos faunos, muy honorables ángeles,
la evolución ha renegado enérgicamente de vosotros.
Imaginación no le falta, pero vosotros y vuestras
aletas devónicas y vuestros pechos de aluvión,
vuestras palmas dactiladas y vuestras pezuñas,
aquellos brazos no en lugar de, sino al lado de las alas,
vuestros, ¡miedo da pensarlo!, esqueletos biformes
con rabos intempestivos, cornudos por despecho,
o bien tramposamente pajariles, esos cuajos, esas concrecencias,
esos puzzles-chirimbolos, esos dísticos
que hacen rimar al hombre con la garza con tanto primor
que el pobre vuela, es eterno y lo sabe todo
—reconoced que en conjunto sería todo un chiste,
y un exceso constante, y crearía problemas
que la naturaleza no quiere tener y no tiene.

Por suerte, al menos permite a un pez volar
con desafiante destreza. Cada vuelo
consuela de las normas establecidas, indulta
la necesidad universal, un don
más copioso de lo indispensable para que el mundo sea mundo.

Por suerte, por lo menos tolera escenas tan fastuosas
como la de un ornitorrinco nutriendo con leche a sus polluelos.
Podría haberse negado y ¿quién de nosotros habría descubierto

que le habían robado algo?

Y lo mejor es
que le pasó inadvertido el momento de la aparición de un mamífero
con la mano portentosamente emplumada con una Waterman.

EL TARSIVS

Yo, un tarsivus, hijo de un tarsivus,
nieto y bisnieto de tarsivus,
animalejo diminuto que consta de dos pupilas
y de un resto meramente imprescindible;
por milagro salvado de toda elaboración artesanal
por no resultar apetitoso,
porque para estolas los hay más grandes que yo,
mis glándulas no traen suerte,
y los conciertos se celebran sin mis intestinos;
yo, un tarsivus,
estoy sentado vivo en el dedo de un hombre.

Buenos días, amo y señor,
¿qué me darás
por no tener que darte nada?
¿Qué recompensa ofreces por tu magnanimidad?
¿Qué precio me adjudicas, a mí, al impagable,
por arrancarte una sonrisa con mis cómicos gestos?

Rebosas bondad, mi señor,
y benevolencia, mi amo;
pero ¿quién lo proclamaría al mundo entero
si no existieran animales indignos de morir?
¿Vosotros mismos, quizá?
¿Acaso lo que sabéis de vosotros
no llena una noche de insomnio de estrella a estrella?

Sólo nosotros, los pocos no desollados,
no deshuesados, no desplumados,
inviolados en razón de espinas, escamas, cuernos, colmillos
y de cuanta ingeniosa proteína
se tenga,
somos —¡oh, noble señor!— tu sueño
que te declara por un momento inocente.

Yo, un tarsius, padre y abuelo de tarsius,
animalejo diminuto, casi mitad de algo,
pero totalidad no peor que otras;
tan leve que se yergue la rama que me sostiene
y pude ascender a los cielos
de no haber tenido que caer una y otra vez
como las penas caen de los corazones,
¡ay!, conmovidos;
yo, un tarsius,
sé cuan importante es ser un tarsius.

EL ACRÓBATA

De trapecio en
en trapecio, en el silencio
que sigue al redoble de tambor de repente mudo,
cruza el aire sobresaltado, más veloz
más veloz que el peso del cuerpo que una vez más
una vez más llega tarde a su propia caída.

Solo. O menos que solo,
menos, por tullido, por falta de
alas, una gran falta,
una falta que le obliga
a bochornosos vuelos por encima de la atención
desnuda y desplumada.

Con penosa ligereza y paciente agilidad,
en un raptó de calculada inspiración. ¿Ves
cómo se dispone a volar?, ¿sabes
cómo de pies a cabeza conspira
contra lo que es?, ¿sabes, ves
con qué astucia repta a través de su forma anterior
para asir en un puño el mundo oscilante
saca de sus adentros unos brazos recién concebidos?

bellos pese a todo en este único
este único instante, que además ya ha pasado.

EL FETICHE PALEOLÍTICO DE LA FERTILIDAD

La Gran Madre no tiene rostro.
De qué le serviría a la Gran Madre tener rostro.
El rostro es incapaz de guardar fidelidad al cuerpo,
el rostro molesta al cuerpo, es no divino,
perturba su solemne unidad.
La faz de la Gran Madre es su vientre abombado
con el ombligo ciego en medio.

La Gran Madre no tiene pies.
De qué le serviría a la Gran Madre tener pies.
Dónde iría.
Para qué adentrarse en los pormenores del mundo.
Ha llegado donde quería llegar
y vigila sus talleres bajo la tirante piel.

¿Existe el mundo? Muy bien.
¿Es copioso? Mejor.
¿Tienen los niños donde corretear,
hacia donde alzar la cabeza? Estupendo.
¿Tanto mundo hay que incluso cuando duermen existe,
entero y verdadero hasta la exageración?
¿Existe siempre, incluso a la espalda?
Esto es mucho, es mucho por su parte.

La Gran Madre tiene apenas, apenas dos manitas,
delgadas, cruzadas indolentes sobre los pechos.

¡A qué habrían de bendecir la vida,
ofrendar al ofrendado!
Su único deber es,
mientras cielo y tierra existan,
resistir por si acaso,
acaso que nunca sucederá.
Yacer en zigzag sobre la esencia.
Ser el hazmerreír del ornamento.

¡QUÉ MONADA!

Le dio por la felicidad,
le dio por la verdad,
le dio por la eternidad,
¡miradlo!

Apenas distinguió entre realidad y sueño,
apenas comprendió que él era él,
apenas chapuceó con su mano nacida de una aleta
una piedra de lumbre y una nave espacial,
capaz de ahogarse en una cucharada de océano,
poco gracioso incluso para la vacuidad,
sólo ve con sus ojos,
sólo oye con sus oídos,
su gran logro lingüístico es el condicional,
usa su razón para increpar a la razón,
en una palabra: es un cero a la izquierda,
pero por la cabeza le rondan la libertad, la omnisciencia y el ser
fuera de la carne tonta,
¡miradlo!

Porque parece existir,
haber llegado a ser de veras
bajo una de las estrellas provincianas.
Vivaz y bastante movedizo a su manera.
Pese a ser un bastardo de un cristal
está harto estupefacto.

Pese a haber vivido una infancia difícil entre las necesidades de la manada

no está mal individualizado.

¡Miradlo!

¡Adelante, aún por un instante,

por un abrir y cerrar de una menuda galaxia!

Que por fin se vea a grandes rasgos

quién será, dado que existe.

Porque es tenaz.

Muy tenaz, a decir verdad.

Con ese aro en la nariz, con esa toga, con ese jersey.

En fin, es una monada.

Pobrecito.

Todo un hombre.

ACASO
(1972)

ACASO

Pudo haber sucedido.
Debió suceder.
Sucedió antes. Después.
Más cerca. Más lejos.
Pero no a ti.

Te salvaste por ser el primero.
Te salvaste por ser el último.
Por estar solo. Con gente.
A la izquierda. A la derecha.
Porque llovía. Porque había sombra.
Porque lucía un sol esplendoroso.

Por suerte había un bosque.
Por suerte no había árboles.
Por suerte, un raíl, un gancho, una viga, un freno,
una repisa, una curva, un milímetro, un segundo.
Por suerte había a mano un clavo ardiendo.

A causa de, puesto que, sin embargo, pese a.
A saber qué hubiera ocurrido si la mano, si el pie,
por un pelo, a un paso de una coincidencia.

¿Estás, pues, aquí? ¿Salido de un instante aún entreabierto?
¿La red sólo tenía una malla, y tú a través de la malla?
No logro salir de mi asombro ni articular palabra.

Escucha
en mí late, desbocado, tu corazón.

IMPRESIONES TEATRALES

Para mí, lo esencial de una tragedia es el sexto acto:
el resucitar de los muertos en la batalla del escenario,
el retocar pelucas y vestuario,
el arrancar el puñal del pecho,
el quitar la soga del cuello,
el unirse en fila a los vivos
de cara al público.

Saludos individuales y colectivos:
la mano blanca en el corazón herido,
la reverencia de la suicida,
la inclinación de la cabeza cortada.

Saludos en pareja:
la ira ofrece el brazo a la mansedumbre,
la víctima mira extasiada los ojos del verdugo,
el rebelde acompaña al tirano sin rencor.

El pisotear la eternidad con la punta de un borceguí dorado.
El disipar moralejas con las alas del sombrero.
La incorregible disposición a volver a empezar a partir de mañana.
La entrada en fila india de los muertos mucho antes,
en el tercer acto, en el cuarto, en los entreactos.
El milagroso retorno de los desaparecidos sin rastro.
Pensar que entre bastidores han aguardado pacientes,
sin quitarse las vestimentas,

sin limpiarse el colorete,
me conmueve más que los monólogos de una tragedia.

Pero lo en verdad solemne es la bajada del telón
y lo que se sigue viendo por una estrecha rendija:
aquí una mano que se precipita hacia una flor,
allá, otra mano recoge la espada caída.
Y sólo entonces una tercera mano, la invisible,
cumple con su cometido:
me agarra por el cuello.

VOCES

Apenas mueves un pie, mi querido Marco Emilio,
y, como por arte de magia, empiezan a salir Aborígenes.

Tu talón se atasca en medio de los Ruidos.
En los Sabinos y Latinos te hundes hasta la rodilla.
Ya estás hasta la cintura, hasta el cuello, hasta las narices
de los Ecuos y Volscos, mi querido Lucio Fabio.

Hay pequeñas naciones a porrillo,
hasta la saciedad, hasta lo increíble, mi querido Quinio Decio.

Una urbe, y otra, y la centésima septuagésima.
Porfidia de los Fidenatos. Mala fe de los Faliscos.
Ceguera de los Ecetranos. Indecisión de los Antemnatos.
Ultrajante desgana de los Labicanos y Pelignos.
Eso nos obliga a nosotros, tan indulgentes, a ser severos
a cada colina nueva dejada atrás, mi querido Gayo Clelio.

¡Si no estorbasen! Pero estorban
los Auruncios y los Marsios, mi querido Espurio Manlio.

Los Tarquinos por la espalda, Etruscos por todas partes.
Y además los Volsinos. Y, para colmo, los Veyentos.
Más Aulercos de lo imaginable. Item los Sopianatos.
Para poner a prueba nuestra paciencia, mi querido Sexto Opio.

Las pequeñas naciones tienen pocas entendederas.

Nos rodea una torpeza que va en aumento.
Perniciosas costumbres. Leyes retrógradas.
Dioses ineptos, mi querido Tito Vilio.

Montones de Ernicios. Enjambres de Murricinos.
Pululan como insectos los Vestinos y los Samnitas.
Cuanto más lejos, más numerosos, mi querido Servio Folio.

Son lamentables las pequeñas naciones.
Su liviandad requiere tutor
detrás de cada río nuevo, mi querido Aulo Junio.

Me siento amenazado por todos los horizontes.
Así expondría, mi querido Ostio Melio, la cuestión.

A lo cual yo, Ostio Melio, te contesto a ti, mi querido Apio Papio:
Adelante. En alguna parte por fin acaba el mundo.

LAS CARTAS DE LOS MUERTOS

Leemos las cartas de los muertos como dioses indefensos
pero, al fin y al cabo, dioses, ya que conocemos la continuación.
Sabemos qué deudas no se pagaron.
Con quiénes se precipitaron a casarse las viudas.
Pobres muertos, muertos cegados,
engañados, falibles, previsores en vano.
Vemos muecas y guiños a sus espaldas.
Al oído nos llega el rasgar de testamentos rotos.
Ridículos, como sentados en tostadas de mantequilla,
echan a correr en pos de sombreros al viento.
Su mal gusto, Napoleón, el vapor y la electricidad,
sus curas mortíferas a enfermedades curables,
su bobo Apocalipsis según San Juan,
su falso paraíso terrenal según Jean-Jacques...
En silencio contemplamos sus peones en el tablero de ajedrez,
pero cuando ya han avanzado tres casillas.
Cuanto habían previsto sucedió diferente,
o un poco diferente, es decir, absolutamente diferente.
Los más vehementes nos miran confiados a los ojos
para por fin ver, según sus cálculos, la perfección.

PROSPECTO

Soy un ansiolítico.
Actúo en casa,
hago efecto en la oficina,
me presento a los exámenes,
comparezco ante los tribunales,
reparo tacitas rotas.
No tienes más que ingerirme,
ponme debajo de la lengua,
no tienes más que tragarme,
con un sorbo de agua basta.

Sé enfrentarme a la desgracia,
soportar malas noticias,
paliar la injusticia,
llenar de luz el vacío de Dios,
elegir un sombrero de luto que favorezca.
¿A qué esperas?,
confía en la piedad química.
Todavía eres un hombre/una mujer joven,
debes seguir en la brecha.
¿Quién dice
que vivir requiere valor?
Dame tu abismo,
lo acolcharé de sueño,
me estarás para siempre agradecido/agradecida
por las patas sobre las que caer de patas.

Véndeme tu alma.
No te saldrá otro comprador.
No existe ningún otro diablo.

REGRESOS

Volvió. No dijo nada.

Pero era evidente que sufría alguna contrariedad.

Se acostó vestido.

Se tapó la cabeza con una manta.

Se acurrucó.

Cuarentón, pero no ese momento.

Está, pero como se está en el vientre de la madre,
envuelto en siete pieles, en protectora oscuridad.

Mañana pronunciará una conferencia sobre la homeostasis
aplicada a la cosmonáutica metagaláctica.

Por ahora, hecho un ovillo, duerme.

DESCUBRIMIENTO

Creo en un gran descubrimiento.

Creo en el hombre que hará el descubrimiento.

Creo en el espanto del hombre que hará el descubrimiento.

Creo en la palidez de su rostro,
en su náusea, en el sudor frío en la parte superior del labio.

Creo en sus apuntes en el fuego,
del primero al último
ardiendo en cenizas.

Creo en la dispersión de las cifras,
en su dispersión sin remordimiento.

Creo en la prisa del hombre,
en la precisión de sus gestos,
en su libre albedrío.

Creo en la destrucción de las tablas,
en el derramamiento de líquidos,
en la extinción de la llama.

Sostengo que se conseguirá,
que no será demasiado tarde,
y que ocurrirá sin testigos.

Nadie lo sabrá, seguro,

ni la esposa, ni la pared,
ni el pájaro: por si canta.

Creo en la negativa a participar,
creo en la carrera arruinada,
creo en la inutilidad de muchos años de trabajo.
Creo en el secreto llevado a la tumba.

Estas palabras planean por encima de las normas.
No buscan apoyo en ningún ejemplo.
Mi fe es firme, ciega y carece de fundamentos.

ESQUELETO DE DINOSAURIO

Queridos Hermanos,
he aquí un ejemplo de proporciones Incorrectas:
un esqueleto de dinosaurio se yergue ante nosotros.

Estimados Amigos,
a la izquierda, la cola hacia un infinito;
a la derecha, el cuello hacia el otro.

Honorables Camaradas,
en medio, cuatro patas que se atascaron en el cieno
bajo la colina del cuerpo.

Amables Conciudadanos,
la naturaleza no yerra, pero le gusta bromear:
fíjense en esa ridícula cabecita.

Señoras y Señores,
semejante cabecita no podía prever nada,
de ahí que sea ahora la cabecita de un saurio extinguido.

Respetables Asistentes,
poco cerebro, demasiado apetito,
más sueño estupidizante que prudente miedo.

Excelentísimos Invitados,
en este aspecto estamos en mejor forma,
la vida es bella y la tierra nos pertenece.

Ilustres Diputados,
el cielo estrellado sobre una caña pensante,
y, en la caña, una ley moral.

Magnífica Comisión,
salió bien una sola vez
y quizá sólo bajo este mismo sol.

Consejo Superior,
cuán ágiles manos,
cuán expresiva boca,
cuánta cabeza sobre la nuca.

Suprema Instancia,
qué responsabilidad en lugar de cola.

CUMPLEAÑOS

Cuánto mundo ha venido de todo el mundo:
morrenas y murenas, mares y morago,
auroras, arcoiris, águilas y astrago.
¿Dónde ponerlo todo? Dios mío, ¿qué hago?
Esos llandes, lloredos, lluvias y llubinas,
esas llacas y llamas, ¿cómo las hacinas?
Berilos, gorilas, trémolos y mirlos.
Gracias, no sabría cómo digerirlos.
No hay jarro ninguno para berza ni brezo,
aletazo, gazapo, zaragata y cerezo.
¿Dónde guardo el colibrí?, ¿dónde el brocado?
Con la cebra y la cabra en serio me enfado.
El dióxido ya es algo que vale por tres,
y aquí, para colmo, octópodo y ciempiés.
Aunque han quitado el precio de las estrellas,
lo adivino y creo que no soy digna de ellas.
¿Vale la pena acaso regalar un ocaso?
¿A alguien que en el mundo está sólo de paso?
Me entretengo un segundo, y sólo un segundo:
los detalles omito, y el resto confundo.
¡Imposible apartar lo real del vacío!
Perderé sin remedio mis flores de estío.
Flor perdida, marchita, ¡qué pena de gasto!
El peciolo, y la hoja, y el cáliz tan casto,
¡cómo se esfuerza para no durar entera,
qué desdén puntilloso, qué endeblez altanera!

ALLEGRO MA NON TROPPO

Eres bella —le digo a la vida—,
imposible imaginarte más exuberante,
ni más ranil, ni más ruiseñorial,
ni más hormiguera, ni más semillero.

Intento ganarme su simpatía,
halagarla, mirarla a los ojos.
Soy siempre la primera en saludarla
con expresión de humildad en el rostro.

Le salgo al paso por la derecha,
le salgo al paso por la izquierda,
extasiada la pongo por las nubes,
y caigo de bruces, fascinada.

¡Qué montaraz el saltamontes,
qué mora la zarzamora!
Nunca creerlo pudiera
quien tal prodigio no viera.

No se me ocurre —digo a la vida—
con qué poder compararte.
Nadie ha hecho nunca otra piña
ni mejor ni peor apiñada.

Alabo tu generosidad e ingenio,
tu grandeza de miras y tu opinión,

¿y que más?, ¿qué más alabo?,
tu taumaturgia y tu brujería.

Para no ultrajarla en exceso
y evitar sus iras y enojos,
desde hace cien milenios
le doro la píldora sin sonrojo.

Me acerco y le doy un tirón de hoja:
¿se ha detenido?, ¿me ha hecho caso?
¿Por una vez, solo una,
olvida dar el siguiente paso?

AUTOTOMÍA

La holoturia se divide en dos ante el peligro:
suelta un yo a la voracidad del mundo,
con el otro huye.

En el acto se bifurca en fatalidad y salvación,
en multa y premio, en lo que fue y lo que será.

En mitad de su cuerpo se abre un abismo
con bordes al acto convertidos en dos desconocidos.

En un borde, la muerte; en el otro, la vida.
Aquí, desesperación; allá, aliento.

Si hay balanza, no se desnivelan los platillos.
Si hay justicia, ¡hela aquí!

Morir lo imprescindible, sin pasarse de la raya.
Y, del resto salvado, rebrotar lo necesario.

También nosotros sabemos dividirnos, es verdad.
Pero sólo en cuerpo y en susurro que se quiebra.
En cuerpo, y en poesía.

La garganta a un lado; al otro, la risa,
ligera y al pronto sofocada.

Aquí, oprimido, el corazón; allá *non omnis moriar*,

sólo tres palabras, tres plumas al vuelo.

El abismo no nos escinde.

El abismo nos rodea.

En memoria de Halina Poświatowska^[3]

INMOVILIDAD

Es Miss Duncan, la bailarina,
y no nubecilla, céfiro, bacante,
destello de luna sobre las olas, suspiro al viento.

Así, en el estudio del fotógrafo,
arrancada del movimiento y de la música
la pesantez del cuerpo a merced de la pose
para dar testimonio falso.

Los gruesos brazos alzados en torno a la cabeza,
el nudo de la rodilla asomando bajo la túnica,
la pierna izquierda hacia adelante, el pie desnudo,
los dedos y 5 (en letras cinco) uñas.

Un paso del arte eterno hacia la eternidad artificial:
con renuencia admito que es mejor que nada
y más adecuado uno que ninguno.

Detrás de un biombo el corsé rosa, el bolso,
en el bolso un pasaje para un barco de vapor,
parte al día siguiente, es decir, hace sesenta años;
nunca, pero siempre a las nueve en punto.

EL CLÁSICO

Bastarán unos puñados de tierra para olvidar la vida.
La música se liberará de las circunstancias.
Se apagará la tos del maestro por encima de los minués.
Y se arrancarán las cataplasmas.
El fuego consumirá la peluca llena de polvo y piojos.
Las manchas de encausto desaparecerán del puño de encaje.
En la basura acabarán los borceguíes, testigos incómodos.
El alumno menos dotado se llevará el violín.
Se limpiarán de cuentas del carnicero las partituras.
Las cartas de la pobre madre llenarán el estómago de los ratones.
Se extinguirá para siempre el amor prohibido.
Los ojos nunca más volverán a nublarse de lágrimas.
La cinta rosa le encantará a la hija de los vecinos.
La época, gracias a Dios, todavía no es romántica.
Todo cuanto no sea un cuarteto
se rechazará por quinto.
Todo cuanto no sea un quinteto
se apagará a soplos por sexto.
Todo cuanto no sea un coro de cuarenta ángeles
se acallará como el aullido de un perro y el hipo de un gendarme.
De la ventana se retirarán el jarrón de áloe,
el matamoscas y el tarro de pomada,
y se recuperará —¡cómo no!— la vista al jardín,
un jardín que nunca estuvo aquí.
Y ahora, escuchad, escuchad, mortales,
prestad atentos devoto oído,

devotos, atentos, mortales a la escucha,
escuchad, oyentes, todo oídos...

ALABANZA DE LOS SUEÑOS

En sueños
pinto como Vermeer van Delft.

Hablo griego con fluidez
y no sólo con los vivos.

Conduzco un coche
que me obedece.

Poseo talento
y escribo grandes poemas.

Oigo voces
no peor que los venerables santos.

Mis dotes pianísticas
os dejarían boquiabiertos.

Revoloteo como es debido,
es decir, por propio impulso.

Me precipito desde el tejado
y sé caer, suave, en el verdor.

No tengo problemas
para respirar bajo el agua.

No puedo quejarme:
he descubierto la Atlántida.

Por suerte sé despertar siempre
antes de morir.

En cuanto una guerra estalla
me vuelvo del otro lado.

Soy hija de mi época
pero no por obligación.

Hace un par de años
vi dos soles.

Y, anteayer, un pingüino.
Con meridiana claridad.

AMOR FELIZ

El amor feliz. ¿Es normal,
es serio, es positivo?
¿De qué le sirven al mundo dos seres
que no ven el mundo?

Enaltecidos mutuamente sin merecerlo,
dos cualesquiera entre un millón, mas convencidos
de que les sucedería. ¿En recompensa de qué? De nada.
La luz cae de ninguna parte.
¿Por qué da en ellos y no en otros?
¿Ofende a la justicia? Sí.
¿Infringe las normas establecidas con esmero,
despeña la moraleja desde la cumbre? Infringe y despeña.

Mirad a los felices:
¡Si al menos se escondieran un poco,
si fingieran agobio para reconfortar a los amigos!
Escuchad cómo ríen: es una afrenta.
En qué lengua hablan, al parecer comprensible.
Y esos ceremoniales, esos miramientos,
esas primorosas y mutuas atenciones,
¡diríase un complot a espaldas de la humanidad!

Aviados estaríamos
si su ejemplo se imitara.
A qué recurrirían la religión y la poesía,

qué sería recordado y qué olvidado,
quién elegiría permanecer encerrado en el círculo.

El amor feliz. ¿Es necesario?
El tacto y el juicio obligan a silenciarlo
como si fuera un escándalo de las altas esferas de la Vida.

Criaturas magníficas nacen sin su ayuda.
Nunca lograría poblar la tierra
ya que pocas veces sucede.

Que quienes desconocen el amor feliz
sostengan que no existe en ningún lugar del mundo.

Con esa fe les será más fácil vivir y morir.

BAJO UN SOLO LUCERO

Pido perdón al azar por llamarlo necesidad.
Pido perdón a la necesidad por si me equivoco.
Que no se enoje la suerte por apropiármela.
Que no me reprochen los muertos la palidez de mis recuerdos.
Pido perdón al tiempo por la multiplicidad del mundo desapercibida por segundo.

Pido perdón a mi viejo amor por ser el nuevo el primero.
Disculpad, guerras lejanas, las flores que hay en mi casa.
Disculpad, heridas abiertas, que me pinche un dedo.
Pido perdón a quienes claman desde el abismo por mis discos de minué.
Pido perdón a la gente de las estaciones por mi sueño de madrugada.
Excúsame, esperanza acosada, por reír de vez en cuando.
Excusadme, desiertos, por no acudir corriendo con una cucharada de agua.

Y tú, halcón, el mismo desde hace años y en la misma jaula,
con la mirada fija siempre en el mismo punto.
Absuélveme aunque seas un pájaro disecado.
Pido perdón al árbol por las cuatro patas de la mesa.
Pido perdón a las grandes preguntas por las nimias respuestas.
Verdad, no te fijas demasiado en mí.
Seriedad, sé conmigo magnánima.
Resiste, misterio del ser, si deshilacho tu traje.
No me acuses, alma, de tenerte poco.
Pido perdón a todo por no poder estar en todas partes.
Pido perdón a todos por no saber ser cada uno y cada una.
Sé que nada me justificará mientras viva,

porque yo misma soy mi propio obstáculo.

No te ofendas conmigo, lenguaje, por tomar en préstamo palabras patéticas

y esforzarme luego para que parezcan ligeras.

EL GRAN NÚMERO
(1976)

EL GRAN NÚMERO

Cuatro mil millones de hombres en esta tierra
y mi imaginación sigue siendo la misma que era.
No congenia con los grandes números.
Todavía se emociona ante lo particular.
Revolotea en tinieblas como la luz de una linterna,
sólo alumbra los rostros con los que tropieza
y relega el resto a la invisibilidad,
a lo impensado, a lo inconsolable.
Ni el propio Dante lograría evitarlo.
¿Qué decir, pues, de quien no lo es,
aunque las musas, todas, me asistan?

Non omnis moriar, prematura aflicción.
Pero ¿vivo, acaso, entera? ¿Es suficiente?
Nunca lo ha sido. Y, ahora, aún menos.
Al elegir, rechazo: no existe otro método;
pero cuanto rechazo es más numeroso,
más denso, más insistente que nunca.
A costa de indecibles pérdidas —un poema, un suspiro—
respondo a la llamada de mi vocación con un murmullo.
No sabría decir cuanto callo.
Un ratón al pie de la montaña madre.
La vida dura unos signos trazados a uña sobre la arena.

Ni siquiera mis sueños están poblados como es debido.
Hay más soledad que gentío y alboroto.

A veces se presenta alguien que murió hace mucho.
Una única mano mueve el pomo de la puerta.
Mi casa vacía se reviste de anexos del eco.
Desde el umbral desciendo hacia un valle
silencioso, como abandonado, ya anacrónico.

¿De dónde surge ese espacio que hay en mí?
No lo sé.

AGRADECIMIENTO

Mucho debo
a quienes no amo.

El alivio al enterarme
que intiman con otros.

La alegría de no ser
el lobo de sus corderos.

En paz estoy con ellos,
y en libertad,
dos cosas que el amor no puede dar
ni sabe tomar.

No les espero
yendo y viniendo de la puerta a la ventana.
Con la paciencia
de un reloj de sol,
comprendo
lo que el amor no comprende,
perdono
lo que el amor jamás perdonaría.

Entre una carta y una cita
no transcurre la eternidad
sino sólo días o semanas.
Los viajes son siempre perfectos a su lado,

los conciertos se escuchan,
las catedrales se visitan
y los paisajes se contemplan.

Y cuando siete montes y ríos
nos separan,
son montes y ríos
señalados en el mapa.

Suyo es el mérito
de poder yo vivir en tres dimensiones,
en un espacio no lírico y no retórico,
frente a un horizonte movedizo y, por tanto, real.

Ignoran
cuánto me entregan sus manos vacías.

«Nada les debo»,
diría el amor
acerca de tan discutible cuestión.

SALMO

¡Qué permeables son las fronteras de los estados humanos!
¡Cuántas nubes las sobrevuelan impunes,
cuánta arena del desierto se trasiega de un país a otro,
cuánta piedra montañosa rueda hacia dominios ajenos
con desafiantes brincos!

¿Es necesario enumerar aquí cada pájaro que vuela
o se posa sobre una barrera abandonada?
Aun siendo un gorrión, ya tiene cola forastera,
pero el pico sí es de aquí. Y ¡cómo se mueve, no para!

De los innumerables insectos sólo mencionaré a la hormiga
que, entre el zapato izquierdo y el derecho del aduanero,
a la pregunta ¿de dónde y a dónde? no se molesta en dar respuesta.

¡Oh, ver con una sola mirada y con detalle ese desbarajuste
en todos los continentes!
Pues ¿acaso el ligustro de la otra orilla
no matutea por el río su cienmilésima hoja?
¿Quién, si no la jibia, la de los brazos audazmente largos,
viola las sacrosantas aguas territoriales?

¿Se puede hablar de un orden tolerable,
si ni siquiera las estrellas se dejan desacoplar
para que quede claro cuál luce para quién?
¡Y, para colmo, el punible derrame de nieblas!

¡Y el polen que se esparce a lo largo de la estepa,
como si nunca lo hubiesen dividido en dos!
¡Y el retumbar de voces en las serviciales ondas del aire:
chillonas llamadas y borbotos llenos de significado!

Sólo lo humano sabe cómo ser de veras ajeno.
Lo demás son bosques mixtos, trabajo de topes y viento.

LA MUJER DE LOT

Dicen que miré hacia atrás por curiosidad.
Pero, además de la curiosidad, pude tener otros motivos.
Miré hacia atrás apenada por mi escudilla de plata.
Por descuido, al atarme una sandalia.
Para dejar de ver la nuca justiciera
de mi esposo, Lot.
Por la súbita convicción de que si caía muerta
él ni siquiera se detendría.
Por desobediencia propia de mansos.
Aguzando el oído a las señales de la persecución.
Intrigada por el silencio, con la esperanza de que Dios hubiera
cambiado de idea.

Nuestras dos hijas desaparecían ya tras la colina.
Sentí en mí la vejez. Y la distancia.
La futilidad de una vida errante. La somnolencia.
Miré hacia atrás al dejar mi fardo en el suelo.
Miré hacia atrás por temor a dar un paso en falso.
En el sendero surgieron serpientes,
arañas, ratones de campo y crías de buitre.
No eran buenos ni malos, simplemente cuanto vivía
reptaba y saltaba presa del pánico gregario.
Miré hacia atrás por desamparo.
Por vergüenza de escabullirme a hurtadillas.
Por deseo de gritar, de volver.
O después de que se desencadenara el viento,

me alborotara el pelo y me levantara las faldas del vestido.
Tuve la sensación de ser observada desde las murallas de Sodoma
y de ser blanco de burlas y de sonoras carcajadas.
Miré hacia atrás por cólera.
Para regodearme en su destrucción.
Miré hacia atrás por la suma de motivos arriba mencionados.
Miré hacia atrás sin querer.
Un pedrusco se volvió gruñendo debajo de mi pie.
Un abismo me cortó de repente el camino.
Al borde del vacío, un hámster se levantaba sobre sus patas traseras.
Y fue entonces cuando ambos miramos hacia atrás.
No, no. Yo seguí corriendo,
me arrastré y emprendí el vuelo
hasta que del cielo cayeron las tinieblas,
la grava hirviente y los pájaros muertos.
Di vueltas y más vueltas sobre mí misma, sin aliento.
Hubiera pensado, quien verme hubiere podido, que bailaba.
No es imposible que tuviera los ojos abiertos.
Quizá cayera de cara a la ciudad.

VISTO DESDE LO ALTO

En un sendero yace un escarabajo muerto.
Tres pares de patas cruzadas sobre el vientre con esmero.
En lugar del caos de la muerte, pulcritud y orden.
El horror de esta imagen resulta moderado,
su alcance es sólo local: de la grama a la menta.
La tristeza no se contagia.
El cielo es azur.

Para nuestra tranquilidad, los animales no mueren: revientan de una
muerte digamos menos honda,
perdiendo —queremos creer— menos sentir y menos mundo,
abandonando —creemos— un escenario menos trágico.
Sus mansas ánimas no nos espantan de noche,
respetan las distancias,
se mantienen a raya.

Y helo aquí: en un estado indeplorable,
el escarabajo muerto en el sendero resplandece bajo el sol.
El tiempo de una mirada basta para pensar en él:
no le ha ocurrido nada importante, parece.
Lo importante, dicen, es lo que nos atañe a nosotros.
La vida, pero solo nuestra, o la muerte, pero también sólo nuestra,
una muerte que así goza de su obligada primacía.

EXPERIMENTO

Como cortometraje antes de una película
cuyos actores se esforzaban al máximo
para provocar mis lágrimas, e incluso mi risa,
se proyectó un interesante experimento
con una cabeza.

La cabeza
minutos antes aún pertenecía a...
y ahora aparecía cortada.
Todos vieron que carecía de torso.
De la nuca le colgaban los tubos de un aparato
que mantenía la circulación sanguínea.
La cabeza,
muy bien, gracias.

Sin muestras de dolor ni tampoco de sorpresa
seguía con la mirada la luz de una linterna.
Cuando sonaba el timbre levantaba las orejas.
Con la nariz húmeda acertaba a distinguir
entre el olor de tocino y la inodora nada.
Y relamiéndose con visible deleite
babeaba en honor a la fisiología.

La fiel cabeza de un perro,
la bondadosa cabeza de un perro,
entornaba los ojos al recibir un mimo,

convencida de seguir formando parte de un todo
que arqueaba el lomo bajo una caricia
y movía el rabo.

Pensé en la felicidad y sentí miedo.
Si la vida se redujera a eso,
la cabeza
era feliz.

SONRISAS

Con esperanza el mundo mira más que escucha.
Sonreír es el deber de los hombres de estado.
Con la sonrisa aseguran no perder en la lucha.
El juego es complejo, los intereses varios,
el resultado incierto, pero —está demostrado—
una dentadura blanca y cordial suple salarios.

Deben alzar la frente en amigables gestos,
en la sala de juntas y en el avión urgente.
Moverse con premura, estar a la risa prestos.
Uno saluda a otro, otro se despide de uno.
Un semblante alegre siempre es oportuno
al posar para la foto y para la gente.

La estomatología sirve a la diplomacia,
garantiza efectos positivos en los votantes.
Colmillos de buena fe, incisivos tolerantes
no pueden faltar si se anuncia desgracia.
No vivimos aún en tiempos de armonía
para en los rostros mostrar la gran melancolía.

La humanidad fraterna, según los soñadores
convertirá la tierra en el reino de la sonrisa.
Lo dudo. Por ejemplo, los hombres de estado,
no deberían parecer de alegría profesores.

Sólo a veces, por primavera, o por un mal superado,
sin crispación nerviosa y sin prisa.

Es por naturaleza triste el ser humano.

Ojalá nazca uno así. Me alegro de antemano.

ÉL MIRA, EL TERRORISTA

A las trece horas veinte minutos la bomba estallará en el bar.
Ahora aún son las trece horas dieciséis minutos.
Hay gente todavía a tiempo de entrar.
Y a tiempo de salir.

El terrorista ya ha cruzado la calle.
Esta distancia le libra del mal.
¡Y qué imagen!, como en las películas.

Ella entra: una mujer con un chaquetón amarillo.
Él sale: un hombre con gafas oscuras.
Ellos charlan: muchachos con jeans.
Las trece horas diecisiete minutos cuatro segundos.
El más bajito tiene suerte y se sube a su vespino,
en cambio el más alto entra.

Las trece horas diecisiete minutos cuarenta segundos.
Ella avanza con una cinta verde en el pelo: una muchacha.
Pero un autobús pasa, y la tapa.
Las trece horas dieciocho minutos.
Ni rastro de la muchacha.
Quizá haya cometido la tontería de entrar, o quizá no,
se sabrá cuando se proceda a sacar los cuerpos en camilla.

Las trece horas diecinueve minutos.
Misteriosamente nadie entra.

En cambio, aún sale un tipo gordo y calvo.
Camina, parece buscar algo en los bolsillos y
diez segundos antes de las trece horas veinte minutos
vuelve a por sus malditos guantes.

Son las trece horas veinte minutos.

El tiempo: ¡cómo se alarga!

Ahora, quizá.

No, todavía no.

Ahora sí.

Ella estalla: la bomba.

MINIATURA MEDIEVAL

Por la colina más verde
con el séquito más acaballado,
con los mantos más sedosos.

Hacia el castillo de las siete torres,
y cada una la más alta de todas.

A la cabeza el fidalgo,
el más halagüeñamente impanzudo,
junto al fidalgo su dama
en la flor de la juventud, juventudísima.

Detrás, unas dueñas
que ni pintadas,
y el paje más pajuno,
y en el hombro del paje
algo en grado sumo simiesco
con un morrito archigraciosísimo
y con rabito.

Siguen tres caballeros,
que se doblan y triplican,
y si uno frunce las cejas,
los otros dale que dale con fruncir el ceño
y si uno monta un caballo bayo,
a fe que es el bayo más bayo,

y con las herradurillas al cabalgar rozan
las margaritas silvestrisísimas.

Mas el triste y fatigado,
el del codo agujereado, el bizco,
no está, a la vista, presente.

Y ningunísimo asunto
ni rural ni burgués
bajo el cielo azur más azul.

Ni un patibulillo enano
verá el ojo aguileño
ni nada hace sombra de duda alguna.

Así lo más amenamente avanzan
en un realismo feudalísimo.

Él, empero, cuidaba el equilibrio:
el infierno les preparaba en otro cuadrado.
Y huelga decirlo:
era un infierno archibonito.

ELOGIO DE LA HERMANA

Mi hermana no escribe poemas,
y probablemente ya nunca se pondrá a escribir poemas.
Lo heredó de nuestra madre, que no escribía poemas,
y de nuestro padre, que tampoco escribía poemas.
Bajo el techo de mi hermana me siento segura:
el marido de mi hermana por nada del mundo escribiría poemas.
Y, aunque mis palabras suenen a texto de Adam Macedoński^[4]
en mi familia nadie escribe poemas.

Los cajones de mi hermana no guardan viejos poemas,
en su bolso no hay poemas recién escritos.
Y cuando mi hermana me invita a comer,
sé que no lo hace con intención de leerme poemas.
Sus sopas son deliciosas y carecen de ocultos significados.
Y el café no se derrama sobre los manuscritos.

En muchas familias nadie escribe poemas
pero si uno de sus miembros empieza, suele sembrar el contagio.
A veces la poesía cae en cascada sobre las generaciones.
Y origina remolinos capaces de engullir sentimientos familiares.

Mi hermana practica una prosa oral muy aceptable
y su obra literaria se reduce a las postales turísticas
con un texto que cada año repite la misma promesa:
cuando vuelva
contará

todo
todito.

LA ERMITA

Creías que el ermitaño vivía en el desierto,
pero vive en una casita con jardín
en medio de un bosquecillo de abedules,
a diez minutos de la autopista
por una ruta bien señalizada.

No necesitas prismáticos para espíarlo de lejos,
puedes ver y oír de cerca
cómo explica, paciente, a unos turistas de Wieliczka
por qué eligió la austera soledad.

Un hábito parduzco,
barba larga y blanca,
rostro de manzanita
y azules ojos.
Gentil posa con un rosal al fondo
para una fotografía en color.

Ahora es Stanley Kowalik de Chicago quien toma la instantánea.
Promete mandársela una vez revelada.

Mientras, una callada viejita de Bydgoszcz
a quien sólo los cobradores rinden visita,
escribe en el libro de honor:

Alabado sea Dios
por haberme concedido la gracia

de no morir sin haber visto a un verdadero ermitaño.

Unos jóvenes escriben a navaja en un árbol:

Spirituals 75. Concentración aquí.

Pero ¿y Bari?, ¿dónde se ha metido?

Bari se ha tumbado debajo de un banco: finge ser lobo.

RESEÑA DE UN POEMA JAMÁS ESCRITO

En las palabras iniciales de la obra
la autora sostiene que la tierra es pequeña,
en cambio el cielo es grande hasta la exageración,
y en él hay, cito literalmente, «más estrellas de lo debido».

La descripción del cielo denota perplejidad,
la autora se pierde en espacios sobrecogedores,
la inercia de tanto planeta la impacta
y, acto seguido, en su mente (imprecisa, justo es decirlo)
comienza a formularse la pregunta:
¿estamos solos
bajo la capa del sol y de todos los soles del universo?

¡A pesar del cálculo de probabilidades!
¡Y de la convicción hoy universalmente compartida!
¡En contra de las irrefutables pruebas que de un momento a otro
caerán en poder del hombre! ¡Ay, la poesía!

Por de pronto nuestra vate vuelve a ser tierra,
planeta que puede «seguir su curso sin testigos»
la única «ciencia ficción que el cosmos puede permitirse».
La desesperación de Pascal (1623-1662, la nota es mía),
según la autora, no halla rival
en ninguna, digamos, Andrómeda ni Casiopea.
La exclusividad magnífica y obliga,
de ahí el problema acerca de cómo vivir, etcétera,

puesto que «el vacío no lo solucionará por nosotros».
«Dios mío», clama el hombre a Sí Mismo,
«ten piedad de mí, ilumíname»...

Atormenta a la autora la idea de una vida derrochada,
como si la vida contara con reservas sin fondo.
De las guerras, siempre —en su provocadora opinión—
derrotas de ambos bandos.
De la «brutestatalidad» (sic) de la gente para con la gente.
La obra exhala una intención moralista que
en pluma menos ingenua tal vez hubiera resultado luminosa.

Por desgracia, no es así. La tesis, tremendamente osada
(¿acaso estamos solos
bajo la capa del sol y de todos los soles del universo?),
está planteada con un estilo descuidado
(una mezcla de sublimidad y lenguaje cotidiano),
que abre un interrogante: ¿a quién convencerá?
A nadie, seguro. Con lo dicho basta.

ADVERTENCIA

No os llevéis de viaje al espacio a los burlones,
este es mi consejo.

Catorce planetas muertos,
algunos cometas, dos estrellas,
y ya de camino a la tercera
los burlones perderán el buen humor.

El espacio es como es,
es decir perfecto.
Los burlones nunca se lo perdonarán.

Nada les hará gracia:
el tiempo, por demasiado eterno;
la belleza, por intachable;
la seriedad, por no dejarse convertir en guasa.
Todos quedarán admirados,
pero ellos bostezarán.

De camino a la cuarta estrella
será aún peor.
Agrias sonrisas,
perturbaciones del sueño y del equilibrio,
conversaciones estúpidas:
que si el cuervo con el queso en el pico,
que si las moscas en el retrato de Su Majestad

o el mono en la bañera^[5].

Claro, la vida era esto.

De pocas luces.

Prefieren el jueves al infinito.

Primitivos.

Prefieren una nota falsa a la música de las esferas.

Donde mejor se sienten es en las fisuras

entre teoría y práctica,

entre causa y efecto,

pero esto no es la Tierra, aquí todo cuadra.

En el treinteno planeta

(de impecable desolación)

incluso se negarán a salir de la cápsula,

que si la cabeza, que si el dedo les duele.

Qué apuro y qué vergüenza.

Tanto dinero tirado en el espacio.

LA CEBOLLA

La cebolla es diferente.
De vísceras, es carencia.
Es cebolla hasta la médula,
a la cebollil potencia.
Cebolluda hasta el meollo,
acebollada por fuera,
puede calar sus adentros
con mirada certera.

Nosotros, salvajez y barbarie
envueltas en fina piel,
el infierno de lo interno,
y anatomía ardiente.
Pero en la cebolla hay sólo cebolla,
ni intestinos hay ni hiel.
Múltiples veces desnuda,
nunca jamás diferente.

Es un ente coherente,
es una obra maestra.
Una y luego otra dentro,
grande a pequeña abarca,
y pequeña es la grande de otra,
que será tercera o cuarta.
Una fuga hacia el centro.
Eco de batuta diestra.

La cebolla tiene esencia.
Su vientre es una beldad,
que sólo nimbos reviste,
y es su mayor cualidad.
Nosotros: grasa, nervios, venas,
más mucosa y secreción.
Y nos ha sido vedada
su muy idiota perfección.

LA HABITACIÓN DEL SUICIDA

Creéis que su habitación estaba vacía.
¡Qué va! Tres sillas con respaldo confortable.
Una lámpara en guerra contra la oscuridad.
Un escritorio y, encima, una cartera y periódicos.
Un Buda dichoso y un Cristo desdichado.
Siete elefantes de la suerte, y una agenda en el cajón.
¿Creéis que no contenía vuestras señas?

¿No había —creéis— libros ni cuadros ni discos?
Una reconfortante trompeta en unas manos negras.
Saskia con una flor entrañable. Alegría, chispa de los dioses.
Ulises duerme en un anaquel un sueño dulce y reparador
realizados ya los trabajos del quinto libro.
Los moralistas,
escritos sus nombres con letras de oro
en lomos de piel de pulcro curtido.
Al lado, en primera fila, los políticos.

Y sí tenía salida, aunque sólo por la puerta,
y perspectivas, aunque sólo desde la ventana, la habitación aquella.
En el alféizar, las gafas para vislumbrar la lejanía.
Zumbaba una mosca: aún vivía.

Creéis que al menos la carta decía algo.
¿Y si os digo que no había carta?
Muchos somos, los amigos, y todos cupimos

en un sobre vacío apoyado en un vaso.

ALABANZA DE LA MALA OPINIÓN DE SÍ MISMO

El águila ratonera no suele reprocharse nada.
Carece de escrúpulos la pantera negra.
Las pirañas no dudan de la honradez de sus actos.
Y el crótalo a la autoaprobación constante se entrega.

El chacal autocrítico está aún por nacer.
La langosta, el caimán, la triquina y el tábano
viven satisfechos de ser como son.

Cien kilos pesa el corazón de la orca,
pero es, en lo esencial,
como una pluma liviano.

En el tercer planeta del sol
la conciencia limpia y tranquila
es síntoma primordial de animalidad.

A ORILLAS DEL ESTIGIO

Este es el Estigio, alma individual.
El Estigio, ¿no lo conoces?
La voz de Caronte oyes por los altavoces,
a embarcar te empuja la mano glacial
de una ninfa del bosque terrenal expulsada
(¿qué hace trabajando aquí a plena jornada?).
A la luz del foco que deslumbra y brilla
verás el cemento que reviste la orilla
y, en lugar de la barca podrida y cariada
hecha de vieja y agrietada madera,
centenares de lanchas de gran cilindrada.
La población ha crecido, alma plañidera.
En gran detrimento del paisaje
edificios enormes sin camuflaje
sobre el agua se encaraman, y será un fiasco
(cada año millones de pasajeros)
el transporte de almas sin ningún atasco
si no hay dársenas, naves y astilleros.
Hermes, alma pintoresca y tierna,
planea con tiempo, de antemano calcula
dónde hay dictadura, cuánta vida anula,
y reserva billetes de travesía eterna.
Pasar al otro lado sin pagar es fuero
que se conserva de la época griega.
Aquí hay sólo huchas y un simple letrero:
no echar botones por monedas, se ruega.

Embarcarás en el muelle sigma, cuarto sector,
en la lancha número tau ocho mil cien.
Entre mil almas fétidas cabrás la mar de bien,
así lo mandan el sino y el ordenador.
En el Tártaro estaréis como sardinas,
pues no hay, como debería, espacios flexibles.
Empujones bruscos, arrugado tu ajuar,
en el frasco de Leteo unas gotas mezquinas.
Sólo si la ultratumba te hace, alma, dudar
tendrás perspectivas más apetecibles.

UTOPIÍA

La isla donde todo tiene explicación.

Aquí se alegan pruebas irrefutables.

Sólo hay vías de acceso.

Los matorrales ceden bajo el peso de las respuestas.

Crece aquí el árbol de la Hipótesis Válida
con sus desde siempre desenmarañadas ramas.

Junto al manantial de Así Son las Cosas
se eleva luminoso el árbol de la Comprensión.

Cuanto más te adentras en el bosque, más vasto se abre
el Valle de la Evidencia.

Si alguna duda subsiste, la disipa el viento.

El eco toma la palabra sin ser llamado
y solícito descifra los arcanos de los mundos.

A la derecha, una gruta donde yace el Significado.

A la izquierda, el lago de las Convicciones Profundas.
Del fondo emerge, ingravida, a la superficie la Verdad.

La Seguridad Inquebrantable domina el valle.

Desde su cima se contempla la Esencia de las Cosas.

Pese a tanto deleite, la isla está siempre desierta
y las huellas de pasos que surcan la orilla
se dirigen sin excepción al mar.

Como si lo propio del lugar fuera partir
y para no volver sumergirse en la vorágine.

En la vida inconcebible.

EL NÚMERO PI

El admirable número Pi
tres coma uno cuatro uno.

Las cifras que siguen son también preliminares
cinco nueve dos porque jamás acaba.

No puede abarcarlo *seis cinco tres cinco* la mirada,
ocho nueve ni el cálculo
siete nueve ni la imaginación,

ni siquiera *tres dos tres ocho* un chiste, es decir, una comparación
cuatro seis con cualquier otra cosa
dos seis cuatro tres de este mundo.

La serpiente más larga de la tierra suma equis metros y se acaba.

Y lo mismo las serpientes míticas aunque tardan más.

El séquito de dígitos del número Pi
llega al final de la página y no se detiene,
sigue, recorre la mesa, el aire,

una pared, una hoja, un nido de pájaros, las nubes, hasta llegar directo al
cielo,

y perderse en la insondable hinchazón del cielo.

¡Qué breve cola la de un cometa, cual la de un ratón!

¡Qué endeble el rayo de un astro si se curva en la insignificancia del
espacio!

Mientras aquí *dos tres quince trescientos diecinueve*
mi número de teléfono la talla de tu camisa

el año mil novecientos sesenta y tres sexto piso

el número de habitantes sesenta y cinco céntimos

dos pulgadas de cintura una charada y un mensaje cifrado

que dice *vuela mi ruiseñor y canta*
y también *se ruega guardar silencio,*
y *se extinguirán cielo y tierra,*
pero el número Pi no, jamás,
seguirá su camino con su nada despreciable *cinco*
con su en absoluto vulgar *ocho*
con su ni por asomo postrero *siete,*
empujando, ¡ay!, empujando a durar
a la perezosa eternidad.

HOMBRES EN EL PUENTE
(1986)

ARQUEOLOGÍA

Qué le vamos a hacer, pobre amigo mío,
en mi disciplina se ha progresado mucho.
Han transcurrido milenios
desde que me llamaste arqueología.

Ya no necesito
dioses de piedra,
ni ruinas, ni inscripciones legibles.

Muéstrame no importa qué
y te diré quién fuiste.
Una base de algo
o una tapa de algo.
Una miga de motor. Un cuello de cinéscopo.
Un trozo de cable. Dedos desparramados.
O incluso menos, y menos aún.

Gracias al método
que entonces conocer no podías,
sé despertar la memoria
de un sinfín de elementos.
Las huellas de sangre son para siempre.
La mentira emite fluorescencia.
Suenan los documentos cifrados.
La incertidumbre y los intentos salen a la luz.

Si quiero
(y nunca estés seguro
de que quiera)
miraré la garganta de tu silencio,
en la cuenca de tu ojo
leeré qué perspectivas tuviste,
te recordaré con todo lujo de detalles
qué esperabas de la vida, aparte de la muerte.

Muéstrame tu nada
que dejaste en herencia,
y reconstruiré un bosque y una autopista,
un aeropuerto, mezquindad, ternura,
y una casa desaparecida.

Muéstrame tu poema,
y te diré por qué
no fue escrito antes ni después.

¡Oh, no, me has malinterpretado!
¡Quita de ahí ese ridículo papel
lleno de letritas!
Me basta
tu estrato de tierra
y el desde hace mucho tiempo vetusto
y rancio olor a chamuscado.

PAISAJE CON GRANO DE ARENA

Lo llamamos grano de arena.
Pero él no se llama a sí mismo ni grano ni arena.
Prescinde de nombre
común, individual,
fugaz, duradero,
erróneo o adecuado.

Indiferente a nuestra mirada, al tacto.
No se siente ni visto ni tocado.
Y si cae en el alféizar de la ventana
la vivencia es nuestra, no suya.
A él tanto le da donde caer
sin la certeza de estar cayendo
o de haber caído ya.

Desde la ventana hay una bella vista sobre el lago,
pero esta vista no es capaz de verse a sí misma.
Incolora, informe,
inaudible, inodora
e indolora vive en este mundo.

El fondo del lago nunca toca el fondo,
sus orillas no tienen orillas.
Sus aguas no se mojan ni tampoco se secan.
Las olas no se sienten singulares ni plurales.

Susurran sordas a su susurro
entre piedras ni pequeñas ni grandes.

Y todo sucede bajo un cielo de por sí inceleste,
donde el sol se pone sin ponerse nunca
y sin ocultarse se oculta tras una nube inconsciente,
que el viento alborota por el mero impulso
de soplar.

Transcurre un segundo.
Otro segundo.
Un tercer segundo.
Pero son sólo nuestros tres segundos.

El tiempo ha volado cual mensajero con una noticia urgente.
Pero sólo es un símil por nosotros elaborado.
Personaje inventado, atribuida la prisa,
inhumana la noticia.

VESTIMENTA

Te quitas, nos quitamos, os quitáis
abrigos, chaquetas, americanas, blusas
de lana, algodón, mezcla de poliéster,
pantalones, faldas, calcetines, lencería,
ponemos, colgamos, en los respaldos
de las sillas o en las alas de los biombos;
de momento, dice el médico, no es grave,
vístase, descanse, unos días de vacaciones,
tomar en caso de, antes de acostarse, después de las comidas,
volver dentro de tres meses, dentro de un año;
ya ves, y tú creías, y temíamos,
suponíais, él sospechaba;
anudar, abotonar, abrochar con manos trémulas
cordones, corchetes, cremalleras, hebillas,
cinturones, botones, cuellos y corbatas
y sacar de las mangas, de bolsos y bolsillos
la larga bufanda ajada, a lunares, a rayas, floreada, a cuadros
su utilidad acaba de ser prorrogada.

SOBRE LA MUERTE, SIN EXAGERAR

No sabe encajar una broma,
no sabe de estrellas, de puentes,
de tejidos, de minas, de labranza,
de construir barcos, ni de pastelería.

Hablamos sobre el día de mañana
y dice su última palabra
sin venir nunca al caso.

Ni siquiera sabe hacer
las funciones propias de su oficio:
ni cavar fosas,
ni clavar ataúdes,
ni limpiar los despojos que su paso deja.

Ajetreada con tanto matar,
lo hace de cualquier modo,
sin método ni destreza.
Como si se estrenara con cada uno de nosotros.

De acuerdo, tiene éxitos,
pero ¡cuántos fracasos,
cuántos golpes fallidos
e intenciones estériles!

A veces le faltan fuerzas
para fulminar a una mosca al vuelo.

Y más de una oruga la deja atrás
al arrastrarse en la carrera a más velocidad.

Todos esos tubérculos, vainas,
antenas, aletas y branquias,
plumajes nupciales y pelambres de invierno
demuestran serios retrasos
en su penosa labor.

La mala voluntad no basta,
y nuestra ayuda a base de guerras y revueltas
no le resulta por ahora suficiente.

En los huevos latan corazones.
Crecen los esqueletos de los recién nacidos.
Las semillas se visten con sus primeras hojas
y a veces también con árboles en el horizonte.

Quien afirma que es todopoderosa
es, él mismo, prueba viviente
de que, de todopoderosa, nada.

No existe vida
que, aun por un instante,
no sea inmortal.

La muerte
siempre llega con ese instante de retraso.

En vano golpea con la aldaba
en la puerta invisible.
Lo ya vivido
no se lo puede llevar.

EN PLENO DÍA

Iría de vacaciones a un hotelito de montaña,
bajaría a almorzar al comedor,
pasearía la mirada por los cuatro abetos,
rama a rama, sin hollar la nieve recién caída,
desde una mesa junto a la ventana.

Con perilla,
algo calvo, pelo canoso, gafas,
rasgos toscos y cansados,
una verruga en la mejilla y frente arrugada,
como mármol angelical invadido por la arcilla.
Ni él mismo sabría cuándo ocurrió,
porque no es súbito sino paulatino
el aumento del precio por no haber muerto ya,
y él habría pagado como todos ese precio.
Del cartílago de su oreja, rozado sólo por la bala
—si se hubiese agachado en el último momento—
diría: «Me libré de milagro».

Esperando que le sirvieran la sopa de fideos,
leería el periódico con fecha del día,
grandes titulares, pequeños anuncios,
los dedos tamborileando en el blanco mantel,
y tendría unas manos muy gastadas
con piel rugosa y venas hinchadas.

A veces, desde el umbral, alguien gritaría:
«Señor Baczyński^[6], al teléfono»,
y a nadie sorprendería
que fuera él, y que se levantara alisándose el jersey,
y que hacia la puerta dirigiera sin prisa sus pasos.
Nadie interrumpiría la conversación al ver la escena,
nadie se quedaría petrificado, con la mano en el aire,
porque este suceso trivial —lástima, qué lástima—
se consideraría un suceso trivial.

LA VIDA BREVE DE NUESTROS ANTEPASADOS

Pocos llegaban a los treinta.
La vejez era privilegio de árboles y piedras.
La infancia apenas duraba lo que un lobo es cachorro.
Forzoso era apresurarse para llegar con vida
a la puesta del sol,
a las primeras nieves.

Parturientas de trece años,
buscadores de nidos entre juncales a los cuatro,
a los veinte encabezaban cacerías,
hace poco aún estaban y ya no están.
Los extremos del infinito se soldaban rápido.
Las brujas mascullaban conjuros con dientes aún jóvenes.
El hijo se hacía hombre bajo la mirada del padre.
Los ojos velados del abuelo veían nacer al nieto.

Cierto, jamás contaban años cumplidos.
Contaban redes, ollas, chozas y hachas.
El tiempo, tan generoso con las estrellas del cielo,
les tendía, a ellos, una mano casi vacía
y al instante la retiraba arrepentido.
Otro paso, dos pasos,
a lo largo del espejeante río
que en tinieblas nace y en tinieblas muere.

No tenían un momento que perder,

no podían dejar preguntas para mañana,
ni tener revelaciones tardías, sólo tempranas.
La sabiduría se adelantaba a las canas,
obligada a ver claro antes que clareara,
y a oír voces antes que sonaran.

El bien y el mal.
Poco sabían de ambos y lo sabían todo:
cuando el mal triunfa, se esconde el bien;
cuando el bien se manifiesta, el mal aguarda al acecho.
Uno y otro son invencibles,
imposible desterrarlos más allá de donde hay retorno.
Por eso, no existe alegría sin una sombra de miedo,
y no hay desaliento sin un atisbo de esperanza.
La vida, por larga que sea, será siempre muy breve.
Demasiado breve para añadirle algo.

PRIMERA FOTOGRAFÍA DE HITLER

¿Quién es ese rorro en pañales?
¡Vaya, es Adolfito, el hijo de los señores Hitler!
¿Llegará a ser doctor en derecho?
¿Tenor de la ópera de Viena?
¿De quién es esa manita?, ¿y esa orejona?, ¿y el ojito y la naricilla?
De quién es la pancita llena de leche aún no se sabe:
¿de un impresor, un médico, un comerciante o un cura?
¿A dónde llegarán esas piernecitas tan graciosas, a dónde?
¿Al jardín, a la escuela, a la oficina, al matrimonio
quizá con la hija del alcalde?

Nene, angelito, rey de la casa, solete,
cuando vino al mundo hace ahora un año,
no faltaron señales en la tierra y en el cielo:
sol primaveral, geranios en las ventanas,
música de organillo en el patio de casa,
un buen augurio envuelto en papel rosado,
el sueño profético de la madre antes del parto:
ver una paloma en sueños —albricias—,
cogerla con la mano —el huésped tan esperado está al llegar.
Tac, tac, ¿quién es?, el corazón de Adolfito palpita.

Babero, chupete, pañal, sonajero,
el crío, gracias a Dios y toquemos madera,
está sano, un gatito en su cestita, se parece a sus padres
y a los niños de todos los álbumes familiares.

No, ahora nada de berrinches, ¿eh?,
debajo de esta tela negra el fotógrafo hará ¡clic!

Estudio Klinger, Grabenstrasse Braunen,
y Braunen es un pueblo pequeño pero digno,
establecimientos de confianza, bonachones vecinos,
olor a bizcocho y a jabón de saín.
No se oye aullar a los perros ni los pasos del destino.
El profesor de historia se afloja el cuello
y bosteza sobre los cuadernos.

EL OCASO DEL SIGLO

Tenía que ser mejor que los anteriores, nuestro siglo XX.
Ya no está a tiempo de demostrarlo,
tiene los años contados,
andar vacilante,
respiración corta.

Han sucedido demasiadas cosas
que no debieron suceder,
y lo que tenía que llegar
no ha llegado.

Tenía que estallar la primavera
y, entre otras cosas, la felicidad.

El miedo tenía que abandonar valles y montañas.
La verdad tenía que ser más veloz que la mentira
en alcanzar el blanco.

Algunos desastres
no debieron repetirse,
por ejemplo la guerra,
el hambre, etcétera.

Tenía que respetarse
la indefensión de los indefensos,
la confianza y cosas por el estilo.

Quien deseaba complacerse en este mundo
se enfrenta
a una hazaña irrealizable.

La estupidez no es ridícula.
La sabiduría no es alegre.
La esperanza
dejó de ser una muchacha,
etcétera, por desgracia.

Dios tenía que confiar, por fin, en el hombre
bueno y fuerte,
pero un bueno y un fuerte
siguen siendo dos hombres.

Cómo vivir, me preguntó por carta alguien
a quien yo pensaba formular
la misma pregunta.

De nuevo y como siempre,
según lo dicho anteriormente,
no hay preguntas más apremiantes
que las preguntas ingenuas.

HIJOS DE LA ÉPOCA

Somos hijos de nuestra época,
y nuestra época es política.

Todos tus, mis, nuestros, vuestros
problemas diurnos, y los nocturnos,
son problemas políticos.

Quieras o no,
tus genes tienen un pasado político,
tu piel un matiz político
y tus ojos una visión política.

Cuanto dices produce una resonancia,
cuanto callas implica una elocuencia
inevitablemente política.

Incluso al caminar por bosques y praderas
das pasos políticos
en terreno político.

Los poemas apolíticos son también políticos,
y en lo alto resplandece la luna,
un cuerpo ya no lunar.

Ser o no ser, ésta es la cuestión.
¿Qué cuestión?, adivina corazón:
una cuestión política.

Adquirir significado político

ni siquiera requiere ser humano.
Basta ser petróleo,
pienso compuesto o materia reciclada.

O la mesa de debates
de diseño durante meses discutido:
¿redonda?, ¿cuadrada?, ¿qué mesa es mejor
para deliberar acerca de la vida y de la muerte?

Mientras, perecía gente,
morían animales,
ardían casas,
y los campos se quedaban yermos
como en épocas remotas
y menos políticas.

TORTURAS

Nada ha cambiado.
El cuerpo es doloroso,
necesita comer, respirar y dormir,
tiene piel fina y, debajo, sangre,
tiene buenas reservas de dientes y de uñas,
huesos quebradizos, articulaciones dúctiles.
Para las torturas todo se tiene en cuenta.

Nada ha cambiado.
El cuerpo tiembla como temblaba
antes y después de la fundación de Roma,
en el siglo veinte antes y después de Cristo,
las torturas son como fueron, aunque la tierra ha menguado
y diríase que todo sucede a la vuelta de la esquina.

Nada ha cambiado.
Salvo el número de habitantes por metro cuadrado,
a las viejas culpas se suman las nuevas,
reales, imputadas, momentáneas y nulas,
pero el grito del cuerpo que las avala
era, es y será un grito de inocencia
según el baremo y escala seculares.

Nada ha cambiado.
Quizá los modales, las ceremonias y las danzas,
pero el gesto de brazos protegiendo una cabeza

sigue siendo el mismo.

El cuerpo se retuerce, forcejea para liberarse,
cae postrado, dobla las rodillas,
lividece, se hincha, babea y sangra.

Nada ha cambiado.

Salvo el curso de los ríos,
la línea de los bosques, costas, desiertos y glaciares.
Por esos parajes el alma yerra,
desaparece, vuelve, se acerca y se aleja,
ajena a sí misma e inasequible,
ora segura, ora insegura de su existencia,
mientras el cuerpo es, es y sigue siendo,
y no tiene donde cobijarse.

COMPINCHEOS CON LOS MUERTOS

¿En qué circunstancias sueñas con los muertos?
¿Piensas en ellos antes de dormir?
¿Quién aparece primero?
¿Es siempre el mismo?
¿Nombre? ¿Apellido? ¿Cementerio? ¿Fecha de defunción?

¿En nombre de qué acuden?
¿De una antigua amistad? ¿Del parentesco? ¿De la patria?
¿Dicen de dónde vienen?
¿A quién representan?
¿A quién más, aparte de ti, visitan en sueños?

¿Se parecen sus rostros a los de las fotografías?
¿O han envejecido con el tiempo?
¿Tienen buen aspecto, o están consumidos?
¿Se les han cerrado ya las heridas, a quienes cayeron muertos?
¿Siguen recordando quién les mató?

¿Qué llevan en las manos? Describe los objetos.
¿Están podridos? ¿Herrumbrosos? ¿Calcinados? ¿Carcomidos?
¿Qué se lee en sus ojos? ¿Amenaza? ¿Ruego? ¿Qué ruegan?
¿Sólo habláis del tiempo? ¿De los pájaros?
¿De flores? ¿De mariposas?

¿Alguna pregunta inoportuna por su parte?
¿Y, si se da el caso, tú qué les contestas

en lugar de callar con prudencia?
¿o de cambiar el tema del sueño?,
¿o de despertarte a tiempo?

ESCRIBIENDO EL CURRÍCULUM

¿Qué hay que hacer?
Presentar una instancia
y adjuntar el currículum.

Sea cual fuere el tiempo de una vida
el currículum debe ser breve.

Se ruega ser conciso y seleccionar los datos,
convertir paisajes en direcciones
y recuerdos confusos en fechas concretas.

De todos los amores basta con el conyugal,
los hijos: sólo los nacidos.

Importa quién te conoce, no a quiénes conozcas.
Viajes, sólo al extranjero.
Militancia en qué, pero no por qué.
Condecoraciones sin mencionar a qué méritos.

Escribe como si jamás hubieras dialogado contigo mismo
y hubieras impuesto entre tú y tú la debida distancia.

Deja en blanco perros, gatos y pájaros,
bagatelas cargadas de recuerdos, amigos y sueños.

Importa el precio, no el valor.
Interesa el título, no el contenido.

El número del calzado, no hacia dónde va
quien se supone que eres.

Adjuntar una fotografía con la oreja visible:

lo que cuenta es su forma, no lo que oye.

¿Qué oye?

El fragor de las trituradoras de papel.

ENTIERRO

«tan repentino, quién lo hubiera imaginado»
«nervios y tabaco, yo se lo tenía dicho»
«gracias, voy tirando»
«desenvuelve las flores»
«su hermano también se les fue de un infarto, les viene de familia»
«con esa barba está usted irreconocible»
«se lo ha buscado, siempre se metía en líos»
«el nuevo tenía que pronunciar unas palabras, pero no le veo»
«Casimiro en Varsovia, Tadeo en el extranjero»
«eres la única inteligente, has cogido el paraguas»
«qué importa que fuera el más listo de todos ellos»
«una habitación de paso, Bárbara nunca lo aceptará»
«cierto, tenía razón, pero no significa nada»
«con el barnizado de puertas incluido, a ver si adivinas cuánto»
«dos yemas y una cucharada de azúcar»
«no era asunto suyo, de qué le ha servido»
«sólo en color azul y tallas pequeñas»
«cinco veces y ni una respuesta»
«de acuerdo, pude hacerlo, pero tú también»
«por suerte al menos ella tenía aquella plaza»
«no me suenan, serán parientes»
«mira el cura, qué Belmondo»
«no conocía esta zona del cementerio»
«soñé con él hace una semana, tuve un presentimiento»
«su hija es bastante mona»
«nos tocará a todos»

«dadle a la viuda en mi nombre el..., llegaré tarde a...»

«sin embargo, en latín era más solemne»

«lo pasado, pasado está»

«adiós, señora»

«podríamos ir a tomar una cerveza»

«llámame, charlaremos un rato»

«coja el cuatro o el doce»

«yo hacia allí»

«nosotros hacia allá»

UNAS PALABRAS SOBRE PORNOGRAFÍA

No hay peor lujuria que pensar.
Es pura lascivia que se propaga cual hierbajo anemófilo
por los parterres reservados a las margaritas.

Nada hay sagrado para quienes piensan.
Con descaro llaman a las cosas por su nombre,
elaboran análisis disipados y síntesis concupiscentes,
se entregan a la salvaje y libertina persecución de la verdad desnuda,
al toqueteo libidinoso de temas delicados,
al roce de opiniones. Y se quedan tan anchos.

A la luz del día o al abrigo de la noche,
se juntan en parejas, triángulos y círculos.
No importan sexo ni edad de los integrantes.
Les brillan los ojos, les arden las mejillas.
El amigo pervierte al amigo.
Hijas depravadas corrompen a sus padres.
El hermano celestinea con su hermana menor.

Les apetecen otros frutos,
los del árbol prohibido de la ciencia,
y no las nalgas rosadas de las revistas en color,
ni la pornografía al uso, ingenua en el fondo.
Les divierten los libros sin estampas,
con único interés: ciertas frases
subrayadas a uña o a lápiz rojo.

¡Qué espanto! ¡En qué posturas,
y con qué escabrosa simplicidad
se deja una mente fecundar por otra!
No constan ni en el mismísimo Kamasutra.

En estas citas sólo el té está caliente.
La gente se sienta, mueve los labios.
Cruza las piernas, pero cada cual las propias.
Así, un pie descansa en el suelo,
y el otro, el libre, se columpia en el aire.
Sólo de vez en cuando alguien se levanta,
se acerca a la ventana
y por una rendija de la persiana
fisga la calle.

UN RELATO EMPEZADO

Para el nacimiento de un niño
el mundo nunca está preparado.

Nuestras naves no han regresado de Vinlandia.
El paso de San Gotardo está por cruzar.
Habrá que burlar la guardia del desierto de Thor
abrir camino hasta el centro de Varsovia por las alcantarillas,
buscar acceso al rey Haraldo el Pella
y esperar la caída del ministro Fouché.
Sólo en Acapulco
volveremos a empezar.

Se nos ha agotado la reserva de vendajes,
de fósforos, argumentos, prensas hidráulicas y agua.
No tenemos camiones ni el apoyo de los Ming.
Con este jamelgo no sobornaremos al sheriff.
Por ahora, sin noticias de los cautivos del Khan.
Nos urge una nueva cueva más cálida para el invierno
y alguien que conozca la lengua harari.

No sabemos quién en Nínive es de confianza,
qué condiciones propondrá el cardenal duque,
qué nombres yacen aún en el cajón de Beria.
Dicen que Carlos Martel atacará mañana.
Así las cosas, aplaquemos a Kéops,
alistémonos voluntarios,

cambiemos de religión,
finjamos ser amigos del dux
y no tener relación alguna con la tribu de Kwabe.

Se acerca la hora de encender las fogatas.
Mandemos aviso telegráfico a la abuela de Zabierzów.
Desanudemos las correas de la yurta.

Ojalá el parto sea fácil
y el niño crezca sano.
Que sea a veces feliz
y salve a saltos los abismos.
Que su corazón tenga aguante
y su mente vigile y alcance a ver lejos.

Pero no tan lejos
como para ver el futuro.
Ahorradle este don, poderes celestiales.

AL ARCA

Empieza a caer una lluvia persistente.
Al arca, dónde, si no, buscaréis refugio,
vosotros, versos para una sola voz,
arrebatos íntimos,
talentos innecesarios,
curiosidad inútil,
penas y temores de corto alcance,
afán de mirar las cosas por los seis lados.

Los ríos crecen y se desbordan.

Al arca: vosotros, semitonos y claroscuros,
caprichos, ornamentos y pormenores,
estúpidas excepciones,
dignos olvidados,
infinitas tonalidades del gris,
juego por el juego
y lágrima de risa.

Hasta donde alcanza la vista, agua y horizonte entre brumas.
Al arca: vosotros, planes para un futuro lejano,
alegría por la diferencia,
admiración a los mejores,
elección no ceñida a una de dos,
escrúpulos caducos,
tiempo para reflexionar

y fe en que todo esto
servirá algún día para algo.

Por consideración al niño
que llevamos dentro,
acaban bien los cuentos de hadas.
Tampoco aquí cabe un final no feliz.
Amainará la lluvia,
se amansarán las olas,
en el cielo sosegado
las nubes se dispersarán
y serán una vez más
como deben ser las nubes encima de los hombres:
altaneras y pizpiretas
con su parecido
a las islas
que se secan al sol,
a los borregos,
a las coliflores
y a los pañales.

LA FERIA DE LOS MILAGROS

Un milagro corriente:
que se produzcan tantos milagros corrientes.

Un milagro ordinario:
el ladrido de los perros invisibles
en el silencio de la noche.

Un milagro del montón:
una nube menuda y ligera,
capaz de tapar la luna llena y compacta.

Muchos milagros en uno:
un aliso que se refleja en el agua
y que se vea invertido de izquierda a derecha
y que crezca allá con la copa hacia abajo
y que no llegue al fondo
pese a la poca profundidad del agua.

Un milagro cotidiano:
vientos de ligeros a moderados,
borrascas en plena tormenta.

Un milagro cualquiera:
las vacas son vacas.

Otro milagro, quiérase o no:
este huerto y sólo éste,

de esta pepita y sólo de ésta.

Un milagro sin frac ni sombrero de copa:
palomas blancas en desbandada.

Milagro, porque cómo llamarlo si no:
hoy el sol ha salido a las tres catorce
y se pondrá a las veinte cero uno.

Un milagro que no sorprende lo debido:
una mano tiene menos de seis dedos,
pero tiene más de cuatro.

Un milagro, y basta con abrir bien los ojos:
el mundo omnipresente.

Un milagro tan adicional como adicional es todo:
lo impensable
se puede pensar.

HOMBRES EN EL PUENTE

Extraño planeta y extrañas las gentes que aquí viven.
Sucumben al tiempo, pero sin querer admitirlo.
Tienen sus trucos para expresar su desacuerdo.
Crean imágenes como por ejemplo ésta:

Nada de particular a primera vista.
Se ve el agua.
Se ve una de sus orillas.
Se ve una piragua que avanza penosamente río arriba.
Se ve un puente sobre el agua y se ven hombres en el puente.
Los hombres aprietan visiblemente el paso,
porque comienza a azotarlos la lluvia
que cae de una nube oscura.

Pero ya no sucede nada más.
La nube no cambia de color ni de forma.
La lluvia no arrecia ni amaina.
La piragua navega sin moverse.
Los hombres del puente corren
hacia donde antes corrían.

Imposible evitar un comentario.
No se trata de un cuadro inocente.
Aquí el tiempo ha sido detenido.
Se han obviado sus leyes.
Se le ha privado de influencia en el curso de los acontecimientos.

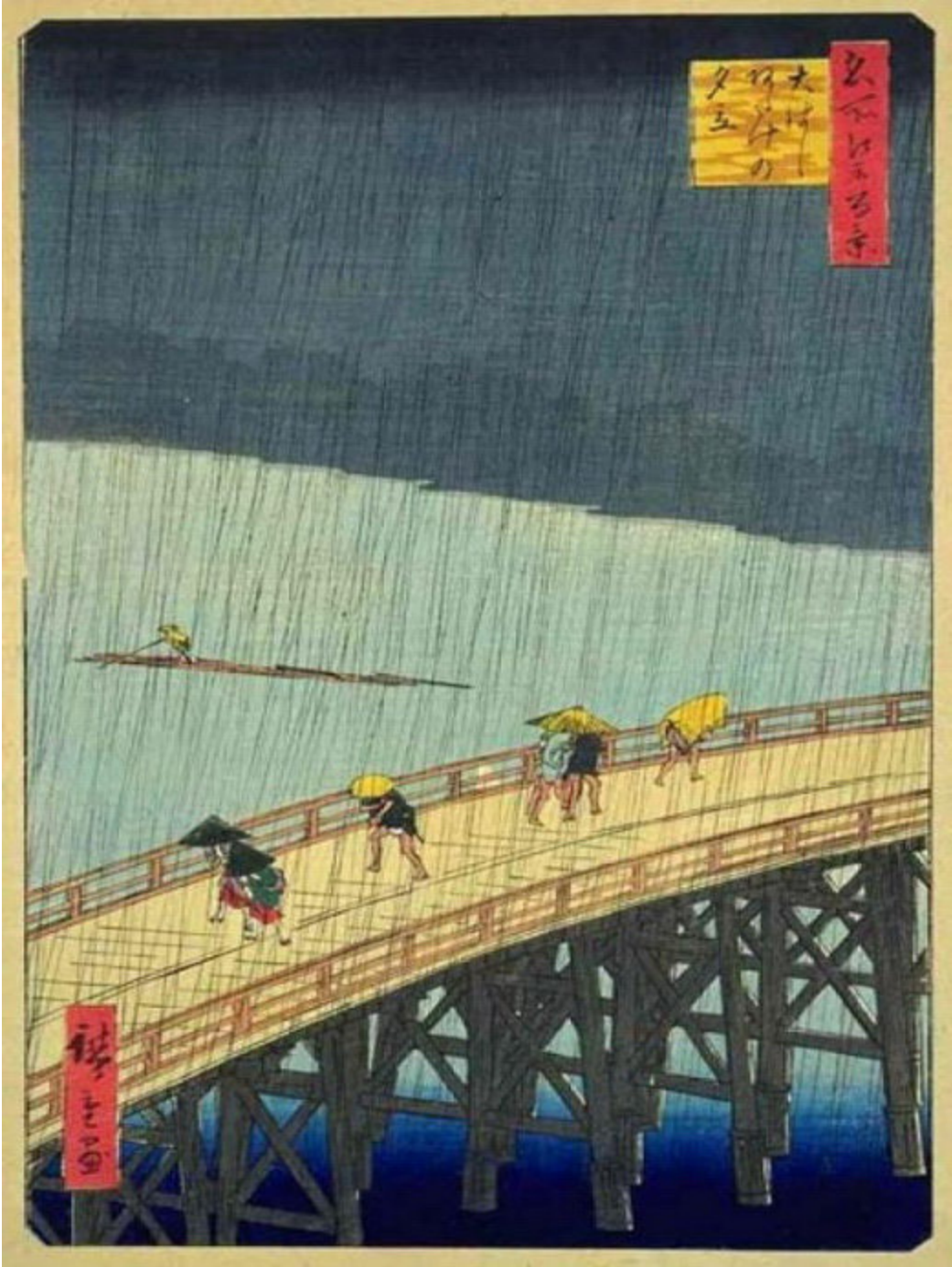
Ha sido menospreciado y ha sido ultrajado.

A causa de un rebelde,
un tal Hiroshige Utagawa^[7]
(individuo que, por cierto,
expiró como es debido hace ya mucho),
el tiempo ha tropezado y ha caído al suelo.

Tal vez se trate de una travesura sin importancia,
un exceso a escala de apenas un par de galaxias,
no obstante y por si acaso
añadamos lo siguiente:

Aquí suele ser de buen tono
valorar en mucho este cuadro,
admirarlo con emoción desde hace generaciones.

Hay quienes van más lejos.
Incluso oyen el rumor de la lluvia,
sienten las frías gotas en la espalda y en la nuca,
miran el puente y a los hombres
como si se vieran allí retratados,
en esa carrera que nunca llega al fin
de un camino sin fin eternamente por recorrer
y en su desfachatez creen
que en realidad así es.



大橋の雨
夕五
五下河原寺

五下河原寺

El puente Ōhashi en Atake bajo una lluvia repentina
Utagawa Hiroshige, 1797-1858

FIN Y PRINCIPIO
(1993)

CIELO

He aquí por donde se debió empezar: el cielo.
Ventana sin alféizar, sin marco, sin cristales.
Un hueco, sin más,
pero abierto de par en par.

No necesito esperar una noche serena,
ni alzar la cabeza
para contemplar el cielo.
Lo tengo a mi espalda, a mano y en los párpados.
El cielo me arrebujá toda
y, desde abajo, me hace flotar.

Las más altas montañas
no están más cerca del cielo
que los valles más profundos.
No existe un lugar donde abunde más
que en otro.
Sobre un nubarrón pesa tanto
como sobre una tumba.
El topo asciende a los cielos
como el búho que agita sus alas.
Lo que cae en el abismo
cae del cielo en el cielo.

Friables, líquidos, rocosos,
volátiles y llameantes,

los espacios del cielo, las migas del cielo,
las brisas del cielo y los montones de cielo.
El cielo está en todas partes,
incluso en la oscuridad bajo la piel.
Me alimento de cielo, evacuo cielo.
Soy una trampa en la trampa,
un habitante habitado,
un brazo abrazado,
una pregunta en respuesta a una pregunta.

La división entre Cielo y Tierra
no es el método adecuado
para concebir esta totalidad.
Sólo permite sobrevivir
en un domicilio más concreto,
más fácil de encontrar, por si alguien me buscara.
Mis rasgos personales son
admiración y desespero.

NO REQUIERE TÍTULO

Aquí estoy, sentada bajo un árbol,
a orillas de un río,
una mañana soleada.
Es un hecho anodino
que no pasará a la historia.
No es una batalla ni un tratado,
cuyas causas se investigan,
ni el memorable asesinato de un tirano.

Sin embargo, estoy sentada a orillas del río.
Y si estoy aquí,
forzoso es haber llegado de alguna parte,
y antes
forzoso fue haber recorrido otros lugares
como los conquistadores de nuevas tierras
antes de subir a bordo de sus navíos.

Incluso un instante fugaz tiene un turbulento pasado,
un viernes anterior a sábado,
un mayo que a junio precede,
y horizontes no menos reales
que los dibujados en los prismáticos de los mariscales.

El árbol es un álamo hace años arraigado.
El río es el Raba que no empezó a fluir ayer.
La senda no anteayer

se abrió entre matorrales.
Antes de disipar las nubes, el viento
hasta aquí las arrastró.

Aunque nada importante sucede en torno a mí,
no es el mundo por eso más pobre en matices,
menos justificable, menos definido
que cuando dependía de las grandes migraciones.

El silencio no sólo envuelve conspiraciones.
Y el séquito de causas no sólo acompaña subidas a tronos.
No sólo los aniversarios de las revoluciones caen,
también las piedras arrojadas al río.

Intrincado y denso es el bordado de las circunstancias.
El respunte de la hormiga en la hierba.
La hierba cosida a la tierra.
El diseño de la ola enhebrada a un palito.

Así, por obra del azar, soy y miro.
Una mariposa blanca aletea en el aire
con alas que sólo a ella pertenecen,
y una sombra sobrevuela mi mano,
la suya, no otra, no de cualquiera.

Ante hechos semejantes me abandona la certeza
de que lo importante
es más importante que lo que no importa.

FIN Y PRINCIPIO

Después de cada guerra
alguien tiene que hacer la limpieza.
Un mínimo orden
no se hará solo.

Alguien tiene que apartar los escombros
de los caminos
para que puedan pasar
carros llenos de cadáveres.

Alguien tiene que hundirse
en el fango y en la ceniza,
en los muelles de los sofás,
en las esquirlas de vidrio
y en los trapos ensangrentados.

Alguien tiene que arrastrar una viga
para apuntalar la pared,
alguien debe poner cristales en las ventanas
y colocar la puerta en los goznes.

Es una labor nada fotogénica
y requiere años.
Las cámaras ya se han ido
a otra guerra.

Otra vez puentes,

de nuevo estaciones.
Las mangas se deshilarán
a fuerza de arremangarse.

Alguien, escoba en mano,
recuerda aún cómo era todo.
Alguien escucha
y asiente con la cabeza que no le arrancaron.
Pero pronto, muy cerca,
empiezan a pulular
quienes lo encuentran aburrido.

Alguien todavía a veces
de debajo de una mata desentierra
argumentos oxidados
y los arroja al montón de desechos.

Quienes saben
la trama de la historia
tienen que ceder
a quienes apenas la conocen.
Y menos que apenas.
E incluso casi nada.

En la hierba que ha crecido
sobre causas y efectos
alguien debe tumbarse
con una espiga entre los dientes
para contemplar las nubes.

EL ODIO

Ved cuan activo está
y qué bien se conserva
el odio en nuestro siglo.
Con qué ligereza salva obstáculos,
y qué fácil le resulta saltar sobre su presa.

No es como los otros sentimientos.
Más viejo y, a la vez, más joven.
Por sí mismo genera la causa
de su despertar a la vida.
Duerme a veces, pero jamás con un sueño eterno.
Y el insomnio no le resta fuerzas, se las da.

Buenas son las religiones,
con tal de estar en la línea de salida.
Buenas son las patrias,
con tal de lanzarse a la carrera.
Al principio, incluso la justicia funciona.
Después correrá solo.
El odio. El odio.
La faz se le retuerce en una mueca
de amoroso éxtasis.

¡Qué anemia y apatía
la de los otros sentimientos!
¿Desde cuándo la fraternidad

arrastra multitudes?
¿Ha llegado alguna vez la compasión
primera a la meta?
¿A cuántos voluntarios seduce la duda?
El odio sí seduce, ¡y cómo!, es perro viejo.

Avispado, listo, trabajador.
¡Cuántos cantares ha compuesto!
¡Cuántas páginas de la historia ha numerado!
¡Cuántas alfombras humanas ha desplegado,
en cuántas plazas, en cuántos estadios!

No nos engañemos:
sabe crear belleza.
Espléndidos son sus incendios en la negra noche.
Soberbias las humaredas de sus explosiones al alba.
Imposible negar el patetismo de sus ruinas
ni el humor chabacano
de la única columna que queda en pie.

Es maestro del contraste
entre silencio y estruendo,
entre sangre roja y nieve blanca.
Y nunca jamás se cansa
del leitmotiv del verdugo pulcro
sobre la inmundada víctima.

Siempre dispuesto a nuevas tareas.
Si es necesario esperar, espera.
Dicen que es ciego. ¿Ciego?
Tiene los ojos de lince del francotirador
y mira el futuro con denuedo.
Él, sólo él.

LA REALIDAD EXIGE

La realidad exige
que también se diga:
la vida sigue.
Sigue en Cannas y en Borodino
y en Kosovo Pole y en Guernica.

En una plaza de Jericó
hay una gasolinera,
y en Bila Hóra hay bancos
recién pintados.
Entre Pearl Harbour y Hastings
va y viene el correo postal,
un camión de mudanzas pasa
ante la mirada del Icón de Queronea,
y a los huertos en flor de los arrabales de Verdún
sólo llega un frente atmosférico.

Hay tanto Todo
que Nada apenas se nota.
La música llega
desde los yates de Accio
y bailan al sol las parejas.

Sucedan tantas cosas
que en todas partes algo sucede.
Donde quede piedra sobre piedra,

un vendedor de helados
asediado por niños.

Donde Hiroshima,
otra vez Hiroshima
y fabricación de productos
de uso cotidiano.

No carece de encantos un mundo tan terrible,
no carece de madrugadas
que merecen un despertar.

La hierba es verde
en los campos de Maciejowice,
y en la hierba, como en toda hierba,
el rocío es puro cristal.

Quizá no existan más campos que los de batalla,
algunos aún recordados,
y otros ya olvidados,
bosques de abedules y bosques de cedros,
nieves y arenas, irisadas ciénagas
y despeñaderos de negras derrotas,
donde en caso de urgente necesidad
nos agachamos hoy detrás de una mata.

¿Y en qué moraleja refluye? Quizás en ninguna.
Lo que en verdad fluye es la sangre que pronto se seca
y siempre algunos ríos y algunas nubes.

En los desfiladeros trágicos
el viento se lleva los sombreros
y, no podemos evitarlo,
nos produce una risa loca.

CÁLCULO ELEGÍACO

¿Cuántos de quienes conocí
(si de veras les conocí)
mujeres y hombres
(si sigue vigente la distinción)
han traspasado este umbral
(si es un umbral),
han cruzado corriendo este puente
(si puede llamarse puente)?

¿Cuántos, tras un vida más o menos larga
(si todavía les importa la diferencia),
buena, porque empezó,
mala, porque acabó
(si no prefieren lo contrario),
se encontraron en la orilla
(si hubo encuentro
y si la otra orilla existe)?

La certeza de su postrer destino
no me ha sido deparada
(si es un destino a todos común
y si sigue siendo destino).
Todo
(si esta palabra no limita en exceso)
dejan detrás
(si no lo dejan delante).

¿Cuántos saltaron de un tiempo en marcha
y desaparecieron a lo lejos con más y más melancolía
(si se da crédito a las leyes de la perspectiva)?

¿Cuántos
(si la pregunta tiene sentido,
si uno es capaz de realizar la suma final
sin incluirse a sí mismo en el resultado)
se han sumido en el más profundo sueño
(si no queda otro más profundo sueño)?

Adiós.
Hasta mañana.
Hasta otra.
Ya no quieren
(si es que no quieren) repetirlo.
Confiados en el infinito
(si no en otro) silencio.
Ocupados sólo
(si en verdad sólo)
en lo que les exige su ausencia.

UN GATO EN UN PISO VACÍO

Morir —eso, a un gato, no se le hace.
Porque, ¿qué puede hacer un gato
en un piso vacío?
Subirse por las paredes.
Restregarse contra los muebles.
Nada aquí ha cambiado,
pero nada es como antes.
Nada ha cambiado de sitio,
pero nada está en su sitio.
Y la luz sigue apagada al anochecer.

Se oyen pasos en la escalera,
pero no los esperados.
Una mano deja pescado en el plato
y no es, tampoco, la de antes.

Algo no empieza
a la hora de siempre.
Algo no sucede
según lo establecido.
Alguien estaba aquí, estaba siempre,
y de repente desapareció
y se empeña en no estar.

Se ha buscado ya en los armarios,
se han recorrido los estantes.

Se ha comprobado bajo la alfombra.
Incluso se ha roto la veda
de esparcir papeles.
¿Qué más se puede hacer?

Dormir y esperar.
¡Ay, cuando él regrese,
ay, cuando aparezca!
Se enterará de que ésas no son maneras
de tratar a un gato.
Como quien no quiere la cosa,
habrá que acercársele,
despacito,
sobre unas patitas muy muy ofendidas.
Y, de entrada, nada de brincos ni maullidos.

ADIÓS A LAS VISTAS

No guardo rencor a la primavera
por haber vuelto.
No la culpo
de cumplir con sus deberes
año tras año.

Comprendo que mi tristeza
no detendrá el verdor.
Si la hierba vacila
se debe sólo al viento.

No me duele que los alisos
inclinados sobre el agua
vuelvan a tener con qué susurrar.

Acepto de buen grado
que —como si aún vivieras—
la orilla de cierto lago
siga tan bella como antes.

No les reprocho a las vistas
las vistas a una bahía
deslumbrada por el sol.

Incluso soy capaz de imaginar
que unos no-nosotros
están en este momento sentados

en el tronco caído de un abedul.

Respeto su derecho
al bisbiseo, a la risa
y al silencio feliz.

Incluso les supongo
por amor unidos,
y que él la rodea
con un brazo vivo.

Algo súbito, algo pajaril
cruje entre el juncal.
De corazón les deseo
que lo oigan.

No pido cambios
a las olas de la orilla,
ora ágiles, ora perezosas,
que, a mí, no me obedecen.

No exijo nada
del remanso del bosque,
ya esmeralda,
ya zafiro,
ya negro.

Sólo con un detalle no me conformo.
Con mi propio regreso al lugar.
Con el privilegio de la presencia.
Presento mi renuncia.

No he vivido más que tú,
sino sólo lo bastante
para pensar de lejos.

LA FUNCIÓN

El azar muestra sus trucos.
Se saca de la manga una copa de coñac
y sienta a Enrique delante de la bebida.
Entro en el bar y me quedo de piedra.
Enrique no es otro
que el hermano del marido de Inés,
e Inés es una pariente
del cuñado de tía Sofi.
Comentándolo descubrimos que tenemos en común un bisabuelo.

En dedos del azar el espacio
se desenrolla y se enrolla,
se ensancha y se encoge.
Como un mantel, hace un instante,
y, ahora, como un pañuelo.
Adivina con quién me encontré
y ¡dónde!, en Canadá,
y al cabo de tantos años.
Le creía muerto,
y él en un Mercedes.
En un avión a Atenas.
En un estadio de Tokyo.

El azar juega con un caleidoscopio.
Millones de cristales de colores brillan.
Y de pronto el cristal de Juanito,

tintín, con el cristal de Margarita.
Ya ves, en el mismo hotel.
Cara a cara en un ascensor.
En una tienda de juguetes.
En el cruce de Szewska y Jagiellońska.

El azar va embozado con una capa.
Debajo se pierden y se encuentran las cosas.
Sin querer tropecé con.
Me agaché y recogí.
Miro y es una cuchara
de la cubertería robada.
A no ser por la pulsera
no habría reconocido a Alejandra,
y di con este reloj en Pfock.

El azar nos mira profundamente a los ojos.
La cabeza nos pesa.
Se nos caen los párpados.
Tenemos ganas de reír y llorar,
no podemos creerlo:
de cuarto de primaria a este buque,
aquí debe de haber truco.
Queremos gritar
que el mundo es un pañuelo,
que es fácil abarcarlo
con los brazos abiertos.
Y por un momento rebotamos de una alegría
radiante y engañosa.

EL FLECHAZO

Ambos están convencidos
de que el súbito amor les unió.
Tan firme seguridad es bella,
pero aún más bella es la inseguridad.

Creen que, si antes no se conocían,
nada pudo haber existido entre ellos.
¿Qué dirían las calles, las escaleras y los pasillos
donde quizá tantas veces se cruzaron?

Desearía preguntarles
si no lo recuerdan.
¿Acaso algún día cara a cara
en una puerta giratoria?,
¿un «disculpe» entre la multitud?,
¿un «se equivoca» al otro lado del teléfono?
Pero sé su respuesta.
No, no lo recuerdan.

Les sorprendería
que el azar llevara tiempo
jugando con ellos.

Aún no por completo listo
para convertirse en destino,
se les acercaba y se iba,

les atajaba el camino
y, ahogando una carcajada,
de un brinco se apartaba.

Hubo signos, presagios,
qué importa si ilegibles.
¿Hace unos tres años,
o el pasado martes,
una hojita voló
de un hombro al otro?
Hubo algo perdido y después recuperado.
Quién sabe, ¿no fue la pelota
en los arbustos de la infancia?

Hubo timbres y picaportes
donde, antes de llegar la hora,
la huella de una mano en otra se imprimió.
Dos maletas juntas en una consigna.
Quizá un mismo sueño, una misma noche,
diluido en brumas por la mañana al despertar.

Porque no hay comienzo
que continuación no sea,
y el libro del acontecer
está siempre abierto por la mitad.

16 DE MAYO DE 1973

Una de tantas fechas
que ya nada me dicen.

Por dónde andaba aquel día,
qué hacía —no lo sé.

Si se hubiera cometido un crimen cerca,
no hubiera tenido coartada.

El sol brilló y se apagó
sin darme yo cuenta.
La tierra giró
sin registrarlo mi agenda.

Puedo imaginarme
como una muerta temporal,
pero me cuesta pensar que vivía
y nada recuerdo.

No era un fantasma,
respiraba, comía,
daba pasos
que se oían,
y las huellas de mis manos
quedaron sin duda en los pomos de las puertas.

Me reflejaba en el espejo.

Vestía alguna prenda de algún color.
Seguro que alguien me vio.

Quizá aquel día
encontré algo antes perdido.
O perdí algo que más tarde encontraría.

Rebosaba sensaciones y sentimientos.
Y ahora todo se reduce
a sólo tres puntos entre paréntesis.

¿Dónde me metí,
dónde me escondí?
No es mal truco:
a mí misma perderme de vista.

Sacudo mi memoria.
Quizá entre sus ramas algo
tantos años dormido
alce el vuelo con un batir de alas.

No.
Pido, es evidente, demasiado.
Nada menos que un segundo entero.

¿Y SI TODO ESTO?

¿Y si todo esto
sucede en un laboratorio?
¿Bajo sólo una lámpara de día
y miles de millones por la noche?

¿Y si somos generaciones en prueba?
¿Vertidos de un recipiente a otro,
agitados en retortas,
observados con algo más que un ojo,
uno a uno, por separado,
cogidos con pinzas?

¿Y si no es así?,
¿ninguna intervención?
¿Los cambios se producen por sí solos
de acuerdo con el programa?
¿Traza la aguja en un diagrama
el lento zigzag previsto?

¿Y si por ahora no hay en nosotros nada interesante?
¿Se conectan pocas veces los monitores de control?
¿Sólo en caso de guerra, de una guerra más bien grande,
o de vuelos por encima de esta miga que es la tierra,
o de grandes migraciones del punto A al punto B?

¿Y si es al contrario?

¿Allí sólo se deleitan con anécdotas triviales?
Mirad, una niña en una pantalla gigante,
se cose un botón en una manga.
Los sensores silban,
el personal se agolpa.
¡Ay, un bichito con un corazón
que le palpita dentro del pecho!
¡Con qué entrañable seriedad
enhebra la aguja!
Alguien en pleno éxtasis exclama:
¡Avisad al Jefe,
que venga a verlo con sus propios ojos!

GAGS

Si los ángeles existen
no creo que lean
nuestras novelas
sobre frustradas esperanzas.

Ni, ¡ay, me temo!,
nuestros poemas
llenos de reproches contra el mundo.

Los alaridos y las convulsiones
de nuestras obras teatrales
deben, sospecho, acabar
por crisparles.

En horas libres de sus deberes
angelicales, es decir inhumanos,
prefieren ver
las comedias de gags
de la época del cine mudo.

A nuestros plañideros,
rasgadores de vestiduras,
crujidores de dientes,
prefieren, creo,
al infeliz
que agarra por la peluca a otro que se ahoga

o hambriento devora
los cordones de sus zapatos.

De cintura para arriba, pechera y ambiciones,
y un ratón asustado más abajo,
en la pernera del pantalón.
¡Sí, seguro,
se lo pasan en grande!

Una persecución en círculo
convierte en perseguidor al perseguido.
Una luz en un túnel
resulta ser el ojo de un tigre.
Cien catástrofes
equivalen a cien cómicas piruetas
al borde de cien precipicios.

Si los ángeles existen,
deben, espero,
disfrutar de lo lindo
con la hilaridad en el columpio del terror,
que ni siquiera grita socorro, socorro,
porque todo sucede en silencio.

Me atrevo a suponer
que aplauden con sus alas
y que de sus ojos caen lágrimas
de, por lo menos, risa.

NADA ES REGALO

Nada es regalo, todo es préstamo.
Estoy de deudas hasta el cuello.
Con mí misma deberé pagar
por mí misma,
dar la vida por mi vida.

Es lo establecido:
el corazón se devuelve,
el hígado se devuelve,
y los dedos, uno a uno.

Demasiado tarde para rescindir el contrato.
Ejecutarán mis deudas
y mi cuerpo.

Camino por el mundo
entre una multitud de deudores.
Unos están obligados
a pagar por sus alas.
Otros, quieran o no,
saldarán sus hojas.

En la página «Debe»
figuran nuestros tejidos.
Ni una pestaña, ni un tallo
se conservan para siempre.

El registro es exacto
y todo parece indicar
que nos quedaremos sin nada.

No consigo recordar dónde,
cómo ni por qué
me dejé abrir
esta cuenta.

La protesta
se llama alma.
Y es lo único
que no consta en el registro.

UNA VERSIÓN DE LOS ACONTECIMIENTOS

Si en verdad nos dejaron elegir,
debimos tardar mucho en pensármolo.

Los cuerpos en oferta eran incómodos
y al estropearse se afeaban.

Aborrecíamos
los medios de saciar el hambre,
nos repugnaba
la involuntaria transmisión de caracteres hereditarios
y el ajetreo de las glándulas.

El mundo que se nos adjudicaba
sufría una desintegración constante.
Los efectos de las causas hacían estragos.

Con espanto y tristeza
rechazamos la gran mayoría
de los destinos
que nos dieron a hojear.

Surgían esta clase de preguntas:
si merece la pena parir con dolor
un niño muerto
y para qué ser un navegante
que nunca arribará.

Aceptamos morir,
pero no de cualquier manera.
Nos atraía el amor,
eso sí, pero el amor
que cumple sus promesas.

Del oficio del arte
nos repelía
tanto la precariedad de las valoraciones
como la fugacidad de las obras maestras.

Todos queríamos una patria sin vecinos
y vivir la vida
en una tregua entre dos guerras.

Ninguno de nosotros quería tomar el poder
ni sufrir su dominio,
nadie quería ser víctima
de ilusiones propias ni ajenas,
no había voluntarios
para formar masas ni desfiles,
y, para tribus en extinción, aún menos.
(Sin todo lo cual la historia
no podría acontecer
durante los siglos previstos.)

Mientras, una enorme cantidad
de estrellas encendidas
se apagó y se enfrió.
Era hora de decidirse.

Con muchos reparos
aparecieron por fin candidatos
a algunos descubridores y curanderos,

a unos cuantos filósofos sin renombre,
a un par de jardineros anónimos,
a prestidigitadores y músicos
(aunque a falta de otras candidaturas
ni siquiera estas vidas
se habrían perpetrado).

La reflexión se imponía
una vez más.

Nos ofrecieron
un viaje
del que regresaríamos
prontos y seguros.

Una estancia fuera de la eternidad,
al fin y al cabo monótona
y carente de transcurso,
podía no repetirse nunca más.

Nos asaltaron las dudas
de si sabiéndolo todo de antemano
lo sabíamos en verdad todo.

Si una elección tan prematura
era en verdad una elección
y si no sería preferible
relegarla al olvido,
y, puestos a elegir,
mejor elegir una vez allí.

Contemplamos la tierra.
Algunos temerarios ya la habitaban.
Una planta canija
se agarraba a la roca

con ingenua confianza
en que el viento no la arrancaría.

Un animal diminuto
se desenterraba de su madriguera
con un esfuerzo y esperanza
para nosotros sorprendentes.

Nos vimos en exceso cautos,
pusilánimes y ridículos.

Pronto empezamos a tener bajas.
Los más impacientes quién sabe dónde se habían metido.
Rompieron el fuego.
Claro.
Lo estaban encendiendo
en la escarpada orilla de un río verdadero.

Algunos
ya emprendían el viaje de regreso.
Pero no hacia nosotros.
¡Un momento!, ¿llevaban algo?, ¿algo adquirido?

ES UNA GRAN SUERTE

Es una gran suerte
no saber con exactitud
en qué mundo vivimos.

Saberlo exigiría
existir mucho tiempo,
mucho más
de lo que él dura.

Conocer otros mundos,
siquiera para compararlos.

Elevarse por encima del cuerpo,
maestro indiscutible
en establecer límites
y presentar dificultades.

Por el bien de la ciencia,
por la claridad de la imagen
y de las conclusiones definitivas,
alzarse por encima del tiempo
en cuyo seno todo fluye y gira.

Desde esta perspectiva
adiós para siempre,
detalles y anécdotas.

Contar los días de la semana
debería parecer
una actividad sin sentido,

echar una carta al buzón,
una travesura de adolescentes,

el letrero «No pisar el césped»
una advertencia delirante.



WISŁAWA SZYMBORSKA (Prowent, actual Kórnik, 2 de julio de 1923 - Cracovia, 1 de febrero de 2012). Fue una escritora y poeta polaca nacida en Prowent, localidad que fue absorbida por Bnin, la que a su vez hoy forma parte de Kórnik, cerca de la ciudad de Poznań. Su familia se trasladó en 1931 a Cracovia, cuando ella tenía 8 años, y a partir de entonces esta va a ser su ciudad donde cursará sus estudios y vivirá hasta su muerte.

Después de terminar la educación secundaria, trabajó en los ferrocarriles y, más tarde, ingresó en la Universidad Jagellónica a la carrera de Lengua y Literatura Polaca y Sociología, que no concluyó por problemas económicos.

En sus años universitarios comenzó a publicar poesía en periódicos y revistas (su primer poema publicado fue *Busco la palabra*, aparecido en el suplemento literario del diario *Dziennik Polski* en marzo de 1945), en una de las cuales trabajó como secretaria e ilustradora. En *Vida Literaria*, revista en la que entró en 1953, tuvo una columna de crítica (1968-1981). Su primer poemario apareció en 1952 (debería haber publicado su primer libro en 1949, pero no pasó la censura). Más tarde, repudiaría de sus dos primeros libros publicados, por estar demasiado apegados al realismo socialista.

Fue miembro del comunista Partido Obrero Unificado Polaco, del que con el tiempo se iría distanciando hasta adoptar una postura crítica (en 1957 ya comienza a tener contacto con disidentes, entabla amistad con Jerzy Giedroyc y colabora en su revista *Kultura* que se publica en París).

Traductora de obras literarias del francés, perteneció a la Unión de Escritores y la Asociación de Escritores, y obtuvo numerosos honores y premios, entre los que destaca el Premio Nobel de Literatura 1996.

Se la emparenta, geográfica, generacionalmente y por calidad, a escritores como Zbigniew Herbert o Czesław Miłosz, a quien admiró desde muy joven.

Ha publicado, entre otros, los siguientes libros de poemas: *Por eso vivimos* (1952), *Preguntas a mí misma* (1954), *Llamando al Yeti* (1957), *Sal* (1962), *Mil alegrías —un encanto—* (1967), *Si acaso* (1975), *El gran número* (1976), *Gente en el puente* (1986), *Fin y principio* (1993), *Instante* (2002), *Dos puntos* (2004) y *Aquí* (2009).

Notas

[1] *Zaczynając od moich ulic* (Comenzando por mis calles), Instytut Literacki Kultura, Paris, 1985, p. 137. <<

[2] *Świadectwo poezji. Sześć wykładów o dotkliwościach naszego wieku* (El testimonio de la poesía. Seis lecciones sobre las dolencias de nuestro siglo), Czytelnik, Varsovia 1987, p. 11. <<

[3] Halina Poświatowska (1935-1967), poeta y traductora. Gravemente enferma del corazón, vivió sus días con la constante amenaza de una muerte repentina. (N. del T.) <<

[4] Adam Macedoński. Grafista, dibujante y autor de poemas «espaciales» o «concretos» que publica en revistas para el gran público. (N. del T.) <<

[5] La autora hace referencia a una de las fábulas de Esopo recogida por La Fontaine; a un episodio de *Las aventuras del buen soldado Svejk*, del escritor checo Jaroslav Hasek; y a un fragmento de la comedia *El señor Jowialski*, de Aleksander Fredro, dramaturgo polaco de la primera mitad del siglo XIX. (N. del T.) <<

[6] Krzysztof Kamil Baczyński (1921-1944), uno de los talentos más grandes y originales de la literatura polaca del siglo XX. Durante la ocupación nazi publicó cinco libros de poemas en la clandestinidad. Cayó luchando en las barricadas de Varsovia. (N. del T.) <<

[7] Pintor japonés, autor del cuadro *Hombres en el puente*. (N. del T.) <<